Ni un duro, ni un pelo de tonta

Una comedia romántica

DONDE EL AMOR NO ENTIENDE DE OFERTAS



CRISTINA TOBES

Ni un duro, ni un pelo de tonta

Una comedia romántica donde el amor no entiende de ofertas

Cristina Tobes

Derechos de autor © 2026 Cristina Tobes

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Pintor artístico
Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

SIPNOSIS

Lucía tiene una regla de oro: antes muerta que sencilla. Da igual que su cuenta bancaria esté en números rojos o que el alquiler le pise los talones; ella sale a la calle con sus tacones de aguja, su mejor bolso de marca y una seguridad que tumba de espaldas. Se ha pateado Madrid buscando su sitio y no piensa permitir que nadie, absolutamente nadie, la mire por encima del hombro.

Su mundo es un equilibrio de malabarista entre el trabajo, sus sueños y la lealtad incondicional de Tom, su mejor amigo y el único que conoce la verdad detrás de su fachada impecable. Pero todo vuela por los aires la noche en que Jorge de la Cruz aterriza en su vida.

Jorge era el rey de la ciudad, un CEO acostumbrado al lujo extremo y al poder de su apellido. Pero una traición familiar lo ha dejado en la calle, embargado y con lo puesto. Sin un céntimo en el bolsillo y con la policía pisándole los talones, termina refugiado en el sofá de Lucía. Ella no tiene ni un duro, pero tampoco tiene un pelo de tonta: sabe que meter a un "niño rico" en su casa es buscarse problemas, pero no puede darle la espalda a ese hombre que, por primera vez, se muestra vulnerable ante ella.

Entre cenas improvisadas en el suelo de la cocina, la protección celosa de Tom y la tensión sexual que amenaza con quemar el piso, Jorge descubrirá que la vida real es mucho más dura —y excitante— de lo que imaginaba. Lucía le enseñará que el valor no está en el saldo del banco, sino en el orgullo de quien no se deja pisar por nadie.

Ni un duro, ni un pelo de tonta es una comedia romántica con mucha garra, traiciones de alto standing y una pasión que demuestra que, a veces, hay que perderlo todo para empezar a ganar de verdad.

Capítulo 1: Tacones de aguja en el muelle de carga

—¡Lucía! ¡Despierta, que en veinte minutos llega el camión!

La voz de Alfredo me taladró los tímpanos, rompiendo el idilio que mantenía con mi reflejo en el espejo del vestuario. Soy la encargada de carnicería en *The Sun*, un hipermercado internacional donde mi vida se resume en supervisar canales de vaca, comprobar albaranes y pelearme con etiquetas de oferta.

Pero hoy no era un día cualquiera. Hoy mis pies no pisaban el suelo, pisaban el cielo. O, mejor dicho, pisaban unos Versace de infarto que me habían costado un cuarto de mi sueldo en la calle Serrano. Fue verlos en el escaparate y sentir que me llamaban por mi nombre de pila. Vale, vivo por encima de mis posibilidades y mi tarjeta de crédito está pidiendo asilo político, pero estoy convencida de que la suerte me va a cambiar. Y mientras cambia, que me pille bien calzada.

—¡Lucía! ¿Te has quedado sorda o qué? ¡Al muelle! —volvió a rugir mi jefe.

Suspiré, acariciando el cuero de mi chaqueta de cachemira. Gano 1.500 euros, que no está mal, pero mis gustos son de sangre azul.

He llegado a cenar yogures caducados durante una semana con tal de pagar un bolso de marca. ¿Prioridades? Las mías son divinas.

—Y quítate eso, por Dios —añadió Alfredo apareciendo por la puerta—. Te he dicho mil veces que aquí se viene con botas de seguridad, no con… eso.

Alfredo tiene 47 años y es un bendito, pero cuando se pone en modo "prevención de riesgos laborales" es más pesado que un kilo

de plomo. Puse los ojos en blanco y me dirigí a mi taquilla. Saqué las botas de seguridad con dos dedos, como si fueran un bicho muerto. Eran horrendas, bastas y con una punta de acero que mataría cualquier rastro de feminidad.

—Algún día un diseñador con dos dedos de frente hará algo *chic* para las trabajadoras —refunfuñé.

Guardé mis Versace en su funda de paño con el mimo que se le da a un recién nacido y me calcé aquellos zuecos de tortura.

—¡Ya voy! —grité de vuelta, arrastrando los pies hacia el muelle.

Allí estaba Jorge, el repartidor. Es un buen tío, pero para mí es invisible. Tiene esa sonrisa de buenazo que no paga facturas en el barrio de Salamanca.

—Buenos días, Lucía. Firma aquí, jefa —me dijo pasándome la tableta—. Y toma, tengo un sobre para ti. Viene a nombre de "La Encargada".

—¿Un sobre? ¿Es una demanda o una herencia? —bromeé, aunque mi cuenta bancaria esperaba lo segundo.

—Ni idea, viene cerrado. Por cierto… —Jorge se rascó la nuca, un poco cortado— esta noche vamos unos cuantos a tomar unas cañas. ¿Te apetece?

—Imposible, Jorge. He quedado con unas amigas para un evento —mentí sin pestañear.

No es que sea mala, es que tengo un plan. Tengo 27 años y busco un hombre de más de 35, con la vida resuelta, posición y un sueldo que no me haga elegir entre comer o comprarme unos Gucci. Los "buenos tíos" sin un duro no entran en mi inventario.

—Vaya, otra vez será —murmuró él, volviendo a sus cajas.

Me quedé mirando el sobre mientras recordaba a Alejandro, mi último intento de "hombre perfecto". Tenía el piso en el mejor barrio, el coche, el porte… pero el sexo era como un desierto: nada de pasión, nada de caricias, solo "mano sudada". Y para colmo, resultó que el tipo era un camello de lujo. Puerta.

Luego vino Lucas. Ese sí que estaba de infarto: rubio, ojos azules, cuerpo de gimnasio y un negocio propio. Pensé que sería el definitivo, pero en la cama se portaba como un animal. Cero romanticismo, cero mimos. Me usaba para descargar tensión y se iba a duchar como quien termina de correr una maratón. Cuando me dejó por WhatsApp, me prometí que cerraba el chiringuito por una temporada.

Entré en mi despacho y tiré el sobre en la mesa. Alfredo entró poco después, cotilla como él solo.

—¿Y bien? ¿Qué dice el misterioso sobre? —preguntó impaciente.

Lo abrí con desgana. Mis ojos recorrieron las líneas.

—Es un sorteo de la proveedora norteamericana. Quince días en un rancho de Estados Unidos, todo pagado, para vivir "la experiencia ranchera".

—¡No fastidies! —Alfredo dio una palmada—. ¡Eso es como *Dallas*! Te vas a sentir como una protagonista de culebrón de lujo. ¡Inscríbete ya!

—Alfredo, "experiencia ranchera" me suena más a limpiar boñigas de vaca que a tomar margaritas en una piscina infinita —repliqué, frunciendo el ceño.

—¡Qué negativa eres! Es todo pagado, Lucía. Si pudiera, me apuntaba yo. Pero solo es para encargados. Prueba, que no pierdes nada.

Encogí los hombros y entré en la web. Mi inglés es de "nivel supervivencia" (hola, adiós y gracias), pero el traductor hizo el trabajo sucio. Rellené los datos, puse el código y le di a "Enviar".

—Listo. Pero vamos, que con mi suerte, antes me cae un rayo que un viaje a Texas.

El resto del día pasó lento. Esperé a que todos se fueran para "rescatar" de la basura un filete de ternera con la fecha límite y un par de tomates arrugados. Es mi pequeño secreto: fuera visto de marca, dentro ceno sobras.

Al salir, el aire de octubre me obligó a cerrarme la chaqueta de cachemira. Caminé por delante de los escaparates de la calle Serrano, mirando con nostalgia un vestido de seda. Mi tarjeta estaba tiritando y el mes acababa de empezar.

A veces me pregunto si merece la pena. Mis padres murieron en aquel accidente y mi tía hizo lo que pudo, pero crecí sintiendo que me faltaba todo. Quizá por eso ahora quiero tenerlo todo, aunque sea de cartón piedra. ¿Merece la pena no tener amigas de verdad con tal de lucir una chaqueta de Prada? Me miré en un cristal y me ajusté el pelo.

—Sí —me dije a mí misma—. Rotundamente, sí.

Llegué a casa, me preparé el filete "caducado" y me senté en el sofá a mirar el móvil. Ni un mensaje. Ni un WhatsApp de una amiga para cotillear. Solo notificaciones de Facebook de gente que publica hasta cuando estornuda.

Me metí en la cama y cerré los ojos. Por un momento, olvidé el olor a carne del supermercado y me imaginé en un rancho inmenso, con un vaquero guapo (y rico, por supuesto) sirviéndome una copa de vino.

—Si me tocara… —susurré antes de dormir—. Por una vez en la vida, que me toque algo bueno.

Capítulo 2: Versaces, visiones y una Harley de infarto

Abrí la bandeja de entrada con el café (del barato) todavía quemándome la lengua. Un mensaje de *Happyfillet* destacaba entre el spam. Al leerlo, sentí un vuelco en el estómago que no era hambre, sino pura adrenalina.

—He ganado… —susurré. Luego, el grito salió solo—: ¡HE GANADO! ¡TOMA YA!

Empecé a saltar por el despacho como si me hubieran inyectado cafeína en vena. Alfredo abrió la puerta de golpe, con cara de haber visto a un fantasma.

—¿Qué pasa, Lucía? ¿Te ha poseído el demonio o te ha tocado la lotería?

—¡El rancho, Alfredo! ¡Me voy a las Américas!

Mi jefe se acercó a la pantalla, entrecerrando los ojos.

—¡Caray, es verdad! "Quince días viviendo la experiencia ranchera". Pues prepárate, porque en una semana te mandan los billetes. Oye, ¿tienes el pasaporte en regla?

Me quedé helada. ¿Pasaporte? ¿Yo? Lo más lejos que había ido era a la Sierra de Madrid a ver si cazaba a algún esquiador con cuenta en Suiza.

—No tengo. Nunca he salido de España.

—Pues corre a la comisaría, hija, que sin eso no pasas del Duty Free. Por cierto, revisa tus prioridades; gastas en seda, pero no tienes ni para cruzar la frontera.

Tenía razón, pero no se lo iba a decir. Salí disparada y, milagrosamente, conseguí cita para última hora. Cuando salí con mi pasaporte nuevecito en el bolso, me sentía la reina del mundo… hasta que mi estómago rugió reclamando su tributo. Con las prisas, no había "rescatado" nada de la carnicería. Estaba a dos velas y con un hambre que me comería un buey vivo.

Saqué mi tarjeta de crédito frente al cajero, rezándole a todos los santos.

—Venga, bonita, solo diez euritos para un menú gigante… por favor.

Saldo insuficiente. Mi "inseparable amiga" me había hecho la cobra. Y entonces, la desesperación me hizo mirar la agenda.

—A ver, Jorgito… No es mi estilo, pero mi estómago manda más que mi orgullo.

Jorge contestó al cuarto tono, sonando tan sorprendido como si le hubiera llamado la mismísima Preysler. Quedamos en mi casa. No me molesté ni en retocarme el maquillaje; total, era "solo Jorge", el repartidor.

Mi conjunto de *Guess* (pagado en cómodos e infinitos plazos) ya era demasiado lujo para él.

Pero cuando bajé a la calle, el que se quedó con la boca abierta fui yo.

Ahí estaba él, apoyado en una Harley-Davidson negra que brillaba más que mis sueños de grandeza. Llevaba unos vaqueros que le sentaban como un pecado y una cazadora de cuero que gritaba "chico malo" a los cuatro vientos. Su pelo desordenado y esa sonrisa… Madre mía, esa sonrisa debería ser ilegal.

—Hola, princesa. Qué alegría que te hayas acordado de este humilde servidor —dijo agarrándome por la cintura para darme dos besos.

Su colonia olía a hombre de verdad, de los que saben lo que hacen.

Cerré los ojos un segundo, disfrutando del calor de sus manos.

—¿Me invitas a cenar? —solté sin anestesia. El hambre no entiende de sutilezas.

—Por supuesto. Menos mal que hoy no vienes de gala, porque vamos en mi "niña".

Me puso el casco y me subí a la moto. Al rodear su cintura, noté que su espalda era como un muro de piedra. Duro, firme… y muy tentador. Me pegué a él más de lo estrictamente necesario para no caerme, sintiendo cómo el viento me golpeaba la cara mientras subíamos por la Castellana. Por un momento, me olvidé de los escaparates y de las marcas. Solo existía el rugido del motor y ese cuerpo pegado al mío.

Paramos en *Brios*, cerca del Bernabéu. Bajé de la moto intentando mantener la dignidad (complicado con un casco y los pelos como una loca) mientras él me miraba con una intensidad que me puso a vibrar el bajo vientre.

—Espero que te gusten las tapas. Vengo mucho por aquí —dijo Jorge, entregándole el casco al camarero, que lo saludó como si fuera un VIP.

Nos sentamos en una mesa apartada. Jorge se quitó la cazadora, dejando a la vista unos brazos que harían llorar de envidia a un modelo de *Men's Health*.

—He pedido tortilla, ensaladilla y croquetas —le dije cuando Lorenzo, el camarero, se acercó—. Hago mucho ejercicio y necesito energía.

Mentira cochina. La única gimnasia que hacía era correr para que no se me cerraran las puertas del bus, pero no iba a confesar que estaba desnutrida por culpa de unos Versace.

—Jorge —le pregunté mientras devoraba la tortilla—, ¿cómo se costea un repartidor una Harley de este calibre y ropa de diseño? Porque esos pantalones no son del mercadillo.

Él me miró de esa forma suya, tranquila pero penetrante.

—Soy ahorrador, Lucía. Ni drogas, ni tabaco, ni vicios caros. Solo mi moto y mis caprichos. Además, existen los créditos, ¿no? Tú de eso sabes algo.

Me quedé callada, observándolo. Tenía unos ojos verde mar que me estaban volviendo loca. Hombros anchos, bíceps marcados bajo la camiseta ajustada…

Si seguía mirándolo así, el postre lo iba a pedir yo y no iba a ser dulce.

Le conté lo del viaje y se alegró de verdad, sin envidias. Pasamos una noche increíble; Jorge no solo era un cuerpo de infarto, también sabía hablar de algo más que de cilindradas. Me sentía extrañamente cómoda, aunque mi cabeza me recordaba: *"Es un repartidor, Lucía. Céntrate en el objetivo: "Un millonario"*. Pero mi cuerpo… mi cuerpo tenía otros planes.

De vuelta a casa, me abracé a él con una urgencia que me asustó. Cerré los ojos imaginando sus manos recorriendo mi piel, sus labios carnosos contra los míos. Estaba tan excitada que estaba segura de que él podía sentirlo a través del cuero.

Llegamos a mi portal. Estaba decidida: si me lo pedía, subía. Estaba dispuesta a que me "follara" salvajemente y me quitara esta tensión que me estaba matando. Pero Jorge se limitó a sonreír desde la moto.

—Princesa, entregada sana y salva. Descanse, que mañana tengo reparto y quiero verte con esa sonrisa.

Se puso el casco y arrancó sin más. Ni intento de subida, ni beso de despedida de película, nada.

Me quedé plantada en la acera, con el corazón a mil y una frustración que me quemaba.

¿Pero qué ha pasado? ¿Acaso no le gusto? Entré en el portal mascullando maldiciones. Me acababa de dar calabazas un repartidor… ¡A mí! Esto no iba a quedar así.

Capítulo 3: Mentiras piadosas y hormonas en huelga

JORGE

Conduje de vuelta a casa con una sonrisa que no me cabía en el casco. Lucía me gusta. Y no es solo porque tenga un cuerpo que haría pecar a un santo (que lo tiene, con esas curvas en el punto exacto), sino porque hay algo en sus ojos, una chispa de inteligencia que intenta esconder tras capas de maquillaje y logos de marcas caras.

Sé que vive por encima de sus posibilidades. La veo en el hipermercado fingiendo que no me mira mientras se gasta el sueldo en trapitos, pero me juego el cuello a que no es tan superficial como aparenta. Me preguntó por la moto y por mi ropa, y estuve a punto de soltarlo todo, pero frené a tiempo. No es el momento.

Ella no sabe que no soy un simple repartidor. No sabe que soy el único heredero del imperio *The Sun*. Mi padre levantó este reino y yo, antes de sentarme en el trono, decidí bajar al barro para conocer los cimientos. Por eso voy de incógnito, viendo la realidad de cada centro desde el muelle de carga.

Aparqué la Harley en el garaje de mi ático en Recoletos, justo al lado de mi Jaguar.

—Pronto, princesa —murmuré acariciando el cuero del asiento —. Pero primero, tienes que enamorarte de Jorge, no de mi cuenta corriente.

Me di una ducha rápida y me desplomé en mi cama de dos por dos, soñando con el momento en que Lucía descubra que el "repartidor" puede comprarle la tienda de Serrano entera.

LUCÍA

Daba vueltas por el salón como un león enjaulado. Estaba inquieta, excitada y, sobre todo, enfadada conmigo misma. —¡No, Lucía! ¡Céntrate! —me regañé en voz alta—. Jorge es un repartidor. Un "currante". Tú necesitas un hombre con un yate, no con una moto.

Pero mi "Primer Mandamiento" del manual de la trepa social se estaba desmoronando. Jorge tiene algo que me pone eléctrica. Para intentar distraerme, encendí la tele. En el canal 15 daban una telenovela mexicana.

—¡Venga ya! —exclamé al cabo de diez minutos—. ¿En serio? Si la pobre se besa con uno, es una perdida, pero si la rica se acuesta con el jardinero, es "liberación femenina". ¡Menudo guion!

Apagué el televisor indignada, pero acabé en la cama haciendo lo mismo: imaginando escenas "top hot" con Jorge que harían sonrojar a la protagonista de la novela. Me quedé dormida entre besos imaginarios y rugidos de motor.

Amaneció gris y frío. Al poner los pies en el suelo, se me puso la piel de gallina, y no solo por el clima. Mi primer pensamiento fue para él. —No te enamores, Lucía. Es un callejón sin salida profesional —me recordé frente al espejo.

Me puse unos pantalones de *Coronel Tapioca* y una sudadera *Nike*. Si iba a trabajar, al menos iría cómoda, aunque mi armario gritara Armani y Carolina Herrera por las esquinas.

—Buenos días, Alfredo —saludé al llegar a la oficina con una energía que no era normal en mí.

—¡Vaya, Lucía! Qué cara de felicidad. ¿Es por el viaje?

—¿El viaje? ¡Ah, claro! Sí, por eso —mentí. Casi se me había olvidado Texas.

—Pues prepárate, porque te vas este domingo. Yo mismo te llevo al aeropuerto. Ah, y ya tengo el correo de *Happyfillet*. Se van a hacer cargo de todo.

En ese momento entró Maribel, la de frutas, gritando como si le hubiera tocado el Gordo. Que si qué suerte, que si sus proveedores solo le daban aceite… Yo sonreía por compromiso, pero mi corazón solo bombeaba pensando en el muelle de carga. En diez minutos llegaba el camión.

Fui al baño, me solté la coleta, me retoqué el labial y me puse "en modo caza". Salí al muelle con el pulso a mil, esperando ver aparecer la Harley o el camión de Jorge. Pero cuando el vehículo frenó, bajó un chico joven que no conocía.

—Buenos días, soy Fidel. Tú debes ser Lucía.

Sentí como si me pincharan un globo. —¿Y Jorge? —pregunté, intentando que no se me notara el bajón monumental.

—Día libre por asuntos personales. Firma aquí, anda.

Firmé los albaranes sin mirar. ¿Asuntos personales? ¿Con quién? ¿Se habría ido con otra? Volví dentro arrastrando los pies. Alfredo, que me conoce como si me hubiera parido, me cazó al vuelo.

—Lucía, tienes cara de entierro. Anda, toma el adelanto de sueldo que me pediste. Pero hazme un favor… deja de gastar en trapitos y come mejor. Sé que te llevas las sobras caducadas, y me duele verte así.

Me puse roja como un tomate. Que mi jefe me echara en cara mi miseria de lujo me dolió más que el desplante de Jorge.

—Gracias, Alfredo —murmuré, deseando que me tragara la tierra.

De vuelta a mi mesa, el móvil vibró. Era un número desconocido.

—¿Dígame? —dije con tono de pocos amigos.

—Vaya, vaya… parece que alguien se ha levantado con el pie izquierdo. ¿Te ha tratado mal el nuevo repartidor?

Mi corazón dio un vuelco. Era Jorge. La sonrisa volvió a mi cara de forma instantánea.

—¡Hola! No… es que estoy acostumbrada a tu puntualidad, nada más —mentí, recuperando mi orgullo.

—Me gusta saber que me has echado de menos, princesa. Te llamo porque esta noche no acepto un no por respuesta. Vamos a picotear algo y a tomar unas copas. ¿Te recojo a las ocho?

—Tengo la agenda un poco… —empecé a decir por pura inercia.

—Cancela tus planes inexistentes y vente conmigo. Te llevaría en coche para que no pases frío, pero…

—¡No! —le interrumpí—. Nada de coche. Quiero la moto. Me encanta sentir el aire… y agarrarme a ti —añadí con un tono más sugerente.

—Hecho. A las ocho en tu puerta. Abrígate, que te voy a dar una noche que no olvidarás.

Colgué el teléfono con un nudo en el estómago. Olvida Texas, olvida el dinero. Esta noche, la luchadora que llevo dentro solo quería una cosa: que llegaran las ocho.

Capítulo 4: El desconcierto de Lucía (y un callejón con mucho arte)

LUCÍA

No quepo en mí. Si me pinchan, no sangro; suelto purpurina de Chanel. El día ha pasado volando y, por una vez, no he tenido que jugar al escondite con los yogures a punto de caducar ni asaltar la sección de salchichas. Mi estómago está de fiesta y mi corazón parece un grupo de batucada brasileña.

A las ocho en punto, el telefonillo rugió.

—Princesa, baja ya —la voz de Jorge sonó como chocolate fundido—. Tu carroza de dos ruedas espera y el príncipe está a punto de pedir asilo en un psiquiátrico de tanto pensar en ti.

Bajé las escaleras saltándome peldaños, olvidando el decoro y la elegancia. Al abrir el portal, allí estaba él. Sus ojos recorrieron mi conjunto de *Coronel Tapioca* como si fuera un diseño de alta costura de París. Me acerqué para darle el típico beso de cortesía en la mejilla, pero él me rodeó la cintura, pegándome a su pecho con una firmeza que me dejó sin aliento. Noté su nariz rozando mi pómulo, aspirando mi perfume como si quisiera memorizarme.

—Estás preciosa. ¿Lista para pecar? —susurró.

—Lista para… cenar —corregí, aunque mi cuerpo gritaba otra cosa.

Fuimos a la Plaza Mayor. El hambre me traicionó de nuevo. Devoré las tapas de calamares y las croquetas como si no hubiera un mañana. Jorge me miraba divertido mientras yo intentaba disimular mi ansiedad por la comida con poses de diva.

—Vaya, Lucía, para ser tan "fina", tienes un saque de camionero —bromeó mientras me limpiaba una gota de salsa de la comisura del labio con el pulgar.

—Es el metabolismo… —mentí, sintiendo cómo ese simple roce me prendía fuego.

Después acabamos en un pub de luz tenue y sofás de terciopelo que invitaban a todo menos a rezar el rosario.

—Aquí tienes —dijo Jorge entregándome un Malibú con piña—. Para que te vayas aclimatando al Caribe… o a Texas.

Al coger el vaso, nuestros dedos se entrelazaron. Fue como meter la mano en un enchufe de alta tensión.

Me quedé hipnotizada por sus ojos verdes, bebiendo de forma mecánica mientras sentía que el vello de mis brazos se erizaba por lo que venía.

—¿Qué pasa? —reí nerviosa—. ¿Llevo el rímel corrido o parezco un payaso?

—Pareces una mujer que se está muriendo de ganas de que la besen —soltó él, sentándose tan cerca que podía sentir el calor de su muslo contra el mío.

Hablamos del viaje, de mis ganas de huir de Madrid por unos días.

—¡Qué más quisiera que llevarte en la maleta! —exclamé sin pensar.

—¿Ah, sí? ¿Es por no estar sola o porque te encanta mi compañía? —me pinchó él con esa sonrisa de suficiencia.

—Eso tendrás que descubrirlo solito, listo.

Jorge no esperó más. Me retiró un mechón de pelo y, antes de que pudiera protestar (o agradecerlo), sus labios atraparon los míos. No fue un beso de "mano sudada" como los de Alejandro. Fue un abordaje pirata en toda regla. Su lengua exploró mi boca con una autoridad que me hizo perder el sentido del equilibrio.

Sin darme cuenta, me encontré sentada sobre sus piernas, horcajadas sobre él, en mitad del pub.

—Suéltame… esto no debería… —balbuceé, intentando mantener un resto de mi orgullo de "chica bien".

—No te separes —gruñó él contra mi cuello—. Tus temblores te delatan, Lucía. Deja de pensar en quién soy y siente quién eres tú.

Me rendí. Mi libido mandó a paseo a mi cerebro y a mi manual de etiqueta. Sus manos se aferraban a mi cintura como si fuera lo único sólido en un mundo que daba vueltas. Noté su erección, dura y desafiante, presionando contra mi entrepierna. Estaba tan caliente que temía que el sofá de terciopelo empezara a echar humo.

—Disculpen —un carraspeo nos devolvió a la tierra—. ¿Desean algo más? ¿Quizás un cubo de hielo para enfriar el ambiente? —el camarero nos miraba con una mezcla de envidia y sorna.

Me separé de Jorge roja como un tomate, intentando alisar mis pantalones. Salimos del local casi en volandas. Pero no fuimos a la moto. Jorge me arrastró hasta un callejón estrecho, oliendo a humedad y a pecado.

Me empujó contra la pared fría y volvió a devorarme la boca.

Mis bragas eran un naufragio de deseo. Sus manos bajaron a mis pechos, masajeándolos por encima de la sudadera con una brusquedad que me volvía loca. El morbo de estar en plena calle, con el riesgo de que alguien pasara, era la droga que necesitaba.

—Jorge, por favor… —gemí.

—¿Por favor qué, nena? Dímelo.

—Fóllame… aquí mismo. Me da igual todo.

—Aquí no —susurró él con voz ronca—. Pero no te vas a ir a casa con ganas.

Bajó la cremallera de mis pantalones y sus dedos, fríos al principio y ardientes después, se colaron en mi intimidad. Encontró mi clítoris y empezó a tocarlo con un ritmo feroz, experto. Metió dos dedos dentro de mí, moviéndolos con una fuerza que me hacía arquear la espalda contra el ladrillo.

Solté un grito que Jorge tuvo que ahogar con su boca. Estallé en un orgasmo tan violento que las piernas se me doblaron.

Me quedé colgada de su cuello, temblando, mientras él apoyaba su frente contra la mía, respirando como si hubiera corrido un maratón.

—Lucía… me estoy enamorando de ti —soltó de repente.

Esa frase dolió más que el frío de la pared. Me ayudó a abrocharme los pantalones, pero el hechizo se había roto. La vergüenza me golpeó de lleno. ¿Qué acababa de hacer? ¡Me había corrido en un callejón con un repartidor!

—Jorge… yo no soy así. Nunca he hecho esto —balbuceé con ganas de llorar.

—Lo sé. Nos hemos dejado llevar. Te mereces algo mejor que un callejón, pero no he podido evitarlo.

El camino de vuelta a casa fue un silencio sepulcral roto solo por el motor de la Harley. Al llegar, me solté de su abrazo como si me

quemara.

—¿Te llamo mañana? —preguntó esperanzado—. Podría cenar en tu casa…

—No lo sé. Ahora no puedo —dije antes de salir corriendo hacia el portal.

Me apoyé contra la puerta, aterrada. No podía enamorarme de él. ¡Él es para una cajera, no para una mujer que aspira a llevar diamantes! Pero mis dedos aún sentían el rastro de su tacto, y mi corazón me decía que me acababa de convertir en una "luchadora" de una guerra que no quería ganar.

JORGE

Me subí a la moto con la adrenalina por las nubes y una erección que no bajaba ni con un extintor de incendios. ¡Dios, qué mujer! Lucía es un volcán escondido bajo un disfraz de pija de saldo.

La he tenido. He sentido cómo vibraba bajo mis dedos en ese callejón. He conseguido que se olvide de sus estúpidos prejuicios por unos minutos. Pero lo que me asusta es que lo que le dije es verdad: me estoy enamorando locamente.

—Mañana la tengo que volver a ver —dije para mis adentros mientras aparcaba el Jaguar en mi garaje de lujo—. Aunque tenga que seguir fingiendo que no tengo donde caerme muerto.

Me metí en la ducha fría, cantando.

Si ella supiera que el "repartidor" que la hizo gritar en un callejón es el dueño de la empresa donde trabaja, probablemente me mataría… o me pediría matrimonio en el acto. Y yo quiero que me quiera por el tipo que la hizo tocar el cielo contra una pared de ladrillos.

Capítulo 5: Soldaditos, seda y una despedida de infarto

LUCÍA

—Lucía… Tierra llamando a Lucía. ¿Hay alguien ahí o te has mudado a Júpiter?

La voz de Alfredo me llegó como a través de una montaña de algodón. Tenía las neuronas haciendo huelga y el cerebro proyectando, en bucle y en alta definición, las escenas del callejón. El roce de su mano, el frío de la pared, aquel éxtasis que casi me hace ver a la Virgen…

—Lucía, que te vas a poner mala antes del viaje. Tienes una cara de mareo que no puedes con ella. ¿No habrás desayunado otro de esos yogures que caducaron cuando gobernaba Felipe González? —preguntó Alfredo, genuinamente preocupado.

—No es el yogur, Alfredo. Es… el jet lag anticipado —mentí, recomponiéndome.

—Ya, ya. Bueno, me voy a la central, que tengo una reunión de esas donde el café es malo y los gráficos son peores. Disfruta de Texas, niña. Y si un vaquero te intenta lazar, déjate querer.

Le di dos besos, algo raro en mí, pero me sentía vulnerable. Nada más salir él, el móvil vibró: *Jorge*. Lo miré como si fuera una granada de mano. Sonó una, dos, tres veces… No lo cogí. "Es un repartidor, Lucía. Un hombre con el sueldo base. No es el príncipe de tu cuento de marca", me repetí como un mantra.

Pero el destino es un cachondo mental. Estaba yo al final de la jornada, revisando si quedaba algún solomillo con la fecha "en el límite del bien y del mal", cuando una sombra bloqueó la luz. Allí estaba él. Con unos vaqueros que parecían esculpidos sobre sus músculos y dos bolsas de papel.

—Hola, princesa. Como tu agenda debe de estar saturada de eventos con la nobleza, he decidido el menú por ti: comida china. Y ni se te ocurra decir que no, que el pato laqueado se enfría.

Me quedé sin aire. Estaba arrollador. Antes de que pudiera articular un "vete al carajo", me agarró por la cintura y me plantó un beso que me dejó las rodillas como flanes. Miré a los lados, aterrada por si Maribel, la de las frutas, nos veía, pero mi cuerpo ya se había rendido.

—Si me recibes así, te traigo rollitos de primavera hasta en Navidad —rio él contra mis labios—. ¿Nos vamos a tu castillo?

—¿Y por qué no al tuyo? —pregunté, intentando recuperar algo de control.

—El mío está… bajo mínimos. Confía en mí, en tu casa estaremos más cómodos.

Subimos a la Harley y el trayecto fue un suplicio de vibraciones y hormonas. Al llegar, Jorge analizó mi salón. Es pequeño, vale, pero está limpio y tiene un toque *chic* (gracias a unas velas de diseño que me costaron lo que no tenía).

—Acomódate. Traigo los platos —dije, huyendo a la cocina.

Cenamos en la mesita baja. El ambiente estaba cargado de algo que no era precisamente salsa de soja. Cuando fui a abrir el vino, Jorge puso su mano sobre la mía. Su calor me atravesó como una descarga.

—¿Qué haces? ¡Suelta, que el vino no se abre solo! —reí, aunque por dentro estaba desintegrándome.

—He echado de menos estos labios, Lucía —susurró, tirando de mí hacia el sofá.

El beso fue subiendo de tono, pero de repente, él paró en seco.

—Mejor cenamos. No quiero que se enfríe… la comida.

Me dejó helada. "¡Será imbécil!", pensé. Pero tenía razón. Si seguíamos así, el pato iba a terminar en el suelo y nosotros en el hospital por combustión espontánea.

—Dime una cosa, Lucía —soltó Jorge mientras apuraba su copa —. ¿A qué le tienes tanto miedo?

—¿Miedo? Yo no le tengo miedo ni a las rebajas de enero — mentí, evitando su mirada.

—No me mientas. En mis brazos eres fuego, pero en cuanto te suelto, te pones esa armadura de hielo y marcas. ¿Qué pasa? ¿No encajo en tus planes?

Me quedé muda. ¿Cómo decirle que mi plan incluía un ático en La Moraleja y un marido con tarjeta platino, y no un motero que reparte chuletones?

—Mis planes… no incluían esto, Jorge. Simplemente eso.

—¿Y los míos? —su voz se volvió seria—. Yo también tengo miedo, Lucía. Miedo a enamorarme de la mujer equivocada. Ya me rompieron el corazón una vez y me costó la vida salir del pozo. Y ahora apareces tú, inteligente, preciosa, capaz de hacerme latir el corazón como un caballo desbocado… y tengo pánico a que me des la patada en cuanto te canses del "repartidor".

Sentí un pinchazo de culpa. Él me estaba abriendo su corazón y yo solo pensaba en el precio de sus pantalones. Jorge me quitó la copa de la mano. No iba a dejarme escapar. Se acercó como un depredador, lento, seguro. Yo intenté recuperar la copa, pero él la apartó. Quería el camino despejado.

—Al carajo los planes —susurré, y me abalancé sobre él.

Fue una explosión. Le arranqué los pantalones y el bóxer con una urgencia que me asustó a mí misma. Al verlo allí, desnudo, erguido y glorioso, supe que estaba perdida. Me deshice de mi ropa en un segundo y me monté a horcajadas sobre él.

—Despacio, nena… —gruñó él, sujetándome las caderas—. Quiero amarte, no solo follarte. Quiero que lleguemos juntos al cielo.

—¡Pues llévame ya, vaquero! —grité, clavándole las uñas en la espalda mientras me hundía en él.

Era la gloria. Sus movimientos eran rítmicos, potentes, haciéndome vibrar hasta los empastes. Cuando la tensión llegó al límite, él se detuvo un segundo.

—Espera… que los "soldaditos" vienen sin casco —jadeó, buscando un preservativo en su cartera.

Lo puso con una destreza que me puso aún más nerviosa. Y volvimos al ataque. Cabalgué sobre él como si me fuera la vida en ello, gritando su nombre hasta que las paredes de mi pisito de soltera parecieron temblar. El orgasmo nos golpeó a la vez, dejándonos sudados y exhaustos en un abrazo eterno.

—Te voy a echar de menos, Lucía —susurró él contra mi oído.

Esa frase me devolvió a la realidad como un bofetón. "Mierda, me he enamorado", pensé con horror mientras me escapaba al baño para ducharme. Salí con el pelo mojado y él estaba ahí, medio desnudo, pidiendo usar la ducha.

—¿Te vas a quedar a dormir? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Ni lo dudes. Quiero despertarme contigo antes de que te vayas al aeropuerto. Yo te llevo.

Me quedé mirándolo. Tenía el pecho perfecto, el pelo revuelto y una sonrisa que me decía que, por mucho que yo quisiera negarlo, ese hombre me había conquistado la ciudadela. Llamé a Alfredo para decirle que no viniera, que ya tenía chófer.

Me metí en la cama y, cuando él se acostó a mi lado, pegando su cuerpo caliente al mío, supe que estaba sentenciada. Disfrutaría de esta última noche y, cuando volviera de Texas, ya vería cómo me arrancaba a Jorge del alma. Pero por ahora… por ahora solo quería ser su "luchadora" privada.

Capítulo 6: Amanecer con "reparto" a domicilio

Me desperté con la sensación de que el mundo era un lugar mucho más cómodo de lo que recordaba. La razón tenía nombre, apellidos y unos músculos que se sentían como mármol templado bajo mis palmas: Jorge. Estaba abrazada a su cuerpo escultural, perdiéndome en la orografía de su pecho. Mis dedos descendieron por su torso, disfrutando de esa suavidad de la piel que solo tienen los hombres que se cuidan (y que tienen una genética de infarto).

No pude contenerme. El deseo es un bicho traicionero que se despierta antes que la razón. Empecé a dispersar pequeños besos alrededor de sus pezones, rozándolos con la punta de la lengua hasta que los sentí endurecerse. Los atrapé con los dientes, mordisqueando con esa mezcla de juego y hambre que te entra cuando sabes que te quedan pocas horas de "barra libre".

De repente, sentí sus manos. Unas manos grandes y expertas que me apretaron el trasero con una posesividad que me hizo dar un respingo de puro gusto. En un movimiento ágil y felino, Jorge me dio un empujón suave, me giró y se tumbó sobre mí, atrapándome con su peso.

—Buenos días, preciosa. ¿Te has despertado con ganas de guerra? —gruñó contra mi cuello, alternando palabras con mordiscos húmedos que me hacían arquear la espalda—. Porque a mí me encanta el café… pero prefiero desayunarte a ti.

Cualquier rastro de mi "Manual de la Trepa Social" se evaporó por la ventana. Me daba igual que fuera un repartidor, que no tuviera un duro o que mi futuro dependiera de un millonario tejano. El roce de su barba de pocos días contra mi piel sensible me estaba volviendo loca. Sus dedos descendieron lentamente, trazando un camino de fuego por mi vientre hasta llegar a los pliegues de mi clítoris.

Se entretuvo allí, jugando con una maestría que me hizo soltar un gemido que debió de despertar a la vecina del quinto. Me frotaba contra él en movimientos circulares, buscando más, mientras sus labios se cerraban sobre mis pezones, succionándolos con una fuerza que me hacía vibrar hasta el último rincón de mi anatomía.

—Lucía… mi dulce y ardiente Lucía… —susurró entre mis pechos —. Me vuelve loco tu olor, tu calor… estás empapada por mí.

—Cállate y sigue —logré balbucear, tirando de su pelo—. No hables, solo… hazlo.

Él sonrió, esa sonrisa de "sé perfectamente lo que te gusta" que me ponía a cien. Me abrió las piernas con las rodillas, encajándose entre mis muslos. Introdujo su pene con una lentitud tortuosa, disfrutando de cómo mis paredes se estrechaban para recibirlo. Cuando sentí que estaba lleno de él, levanté las caderas buscando el fondo, entregándome a una embestida que, pese a ser pausada, tenía la potencia de una locomotora.

—¡Más! —grité, con los ojos inyectados en deseo y el pelo desparramado por la almohada.

—Calma, fiera. Déjame saborearte cada segundo —respondió él, aunque sus ojos quemaban igual que los míos.

Jorge se salió de mi interior un momento para observarme. Me sentí expuesta, vibrando de deseo, mientras admiraba su figura recortada por la luz de la mañana. Parecía un dios griego bajado a un piso de protección oficial. Estiré los brazos para tocar su pecho musculoso, sintiendo su corazón latir al mismo ritmo que el mío. Me incorporé para besarle con una ferocidad casi animal, devorando su boca. Jorge no aguantó más el pulso. Se puso el preservativo con una mano (la otra seguía apretándome contra él) y se hundió de nuevo en mí con una fuerza bruta, clavándose a fondo.

Mis gritos fueron el hilo musical del edificio. El orgasmo llegó como un tsunami, sacudiéndome con espasmos que me hicieron clavar las uñas en su espalda, dejando mi marca de "luchadora" en su piel. Él soltó un gruñido gutural, gritando mi nombre mientras explotaba dentro de mí. Nos quedamos así, unidos, jadeando, mientras el mundo volvía a girar poco a poco.

Sin salirse todavía, se apoyó en sus codos para no aplastarme y me dio un beso tan dulce que me dolió el alma. —No quiero que acabe este día, Lucía. Me pasaría horas así, amándote —confesó con una vulnerabilidad que me aterró.

—Eso no puede ser —corté en seco, recuperando mi máscara de frialdad—. El aeropuerto no espera y se está haciendo tarde.

Me escabullí de entre sus brazos como una anguila y me encerré en el baño. Al cerrar la puerta, me apoyé contra la madera y las lágrimas que llevaba conteniendo estallaron. "No puede ser, no puede ser", me repetía. No podía enamorarme de él.

Era el error más delicioso de mi vida, pero seguía siendo un error para mis planes de futuro. Me sequé las lágrimas rápido, evitando los sollozos para que el "vaquero de Madrid" no me oyera flojear.

Justo cuando entraba en la ducha, Jorge abrió la puerta. No pidió permiso, simplemente entró, se despojó de la toalla y se metió bajo el agua conmigo. Me obligó a girarme para mirarle a los ojos, que ahora estaban serios, casi heridos.

—¿A qué juegas, Lucía? ¿Tanto miedo te da admitir que sientes lo mismo que yo? ¿Por qué huyes de mí cada vez que te acercas demasiado?

—Jorge, no empieces con dramas de telenovela —dije, intentando que el agua me lavara la culpa—. Tengo un vuelo en cuatro horas y…

—¡Mentirosa! —me interrumpió, acorralándome contra los azulejos—. Tu vuelo sale en una eternidad. Respóndeme de una vez: ¿por qué me rechazas cuando estamos fuera de la cama?

Se me hizo un nudo en la garganta. Estuve a punto de decirle la verdad: *"Me he enamorado de ti, maldita sea, pero tú eres un repartidor y yo quiero ser una reina"*. Pero no pude. Era demasiado cruel.

Prefería que pensara que era una mujer fría y ambiciosa a que supiera que estaba rompiéndome por dentro.

—Mi plan es crecer, Jorge. Conseguir una vida mejor, con lujos y posición. Una relación ahora solo sería una distracción. Quiero más de lo que tú puedes darme —mentí, girándome para que el chorro de agua ocultara mis nuevas lágrimas.

Él no contestó de inmediato. Sentí sus manos en mi espalda, enjabonándome con una ternura que me destrozó más que cualquier grito. Me lavó cada centímetro con una devoción casi religiosa. Yo cerré los ojos, dejándome hacer. Total, en unas horas estaría a miles de kilómetros y tendría quince días para intentar arrancar su recuerdo de mi piel… aunque ahora mismo, bajo el agua caliente, me pareciera una misión imposible.

Próxima salida del vuelo 7589 con destino Dallas efectuará su salida por la puerta…

Esa era mi sentencia. Mi estómago no sabía si estaba revuelto por los nervios del viaje o por la despedida tan amarga —y a la vez tan dulce— que acababa de tener con Jorge. Todavía sentía el calor de su cuerpo en la ducha, esa tensión que casi nos hace fundir los azulejos, y luego… el silencio. Ese maldito silencio en el taxi de camino al aeropuerto.

Me dio un último beso fugaz, de esos que te dejan con ganas de mandar el billete de avión a la porra, y me deseó buen viaje. Ver alejarse aquel taxi con el hombre al que amo locamente me provocó un vértigo que casi me hace vomitar sobre mi maleta Samsonite. ¿Cómo iba a sobrevivir quince días sin su risa de canalla y sus manos expertas?

En el avión, la decepción fue el primer plato. ¿Dónde estaba mi asiento en primera clase? Me tocó el "vulgo", la clase turista, rodeada de gente que roncaba y niños que pateaban mi asiento. Me hundí en mi sitio al lado de la ventanilla, mirando las nubes y llorando como una Magdalena cada vez que recordaba la cara de Jorge.

Soy una mujer hecha y derecha, sí, pero con el corazón ahora mismo hecho puré de patata.

Bienvenida a Texas (o algo así).

Tras un vuelo eterno y películas más aburridas que una misa en latín, llegué a Dallas. Recogí mi maleta y, al cruzar las puertas automáticas, vi la luz: un chófer impecable con un cartel con mi nombre.

—Buenos días, soy Lucía Suárez —dije forzando mi mejor sonrisa de "aquí llega la estrella".

—Buenos días, señorita. Soy Freddy —respondió en un español con acento mexicano que me sonó a música celestial—. El señor Harris se disculpa, pero ha tenido que llevarla al rancho de su difunto hermano, Waterblue, en lugar de al suyo.

—¿Sigue siendo un rancho de lujo, no? —pregunté, ya con la mosca detrás de la oreja.

—Es un rancho, sí. Suba a la limusina.

Cuando vi aquel vehículo gigante, me sentí como una Kardashian. Me repantingué en los asientos de cuero, admirando el mueble bar y pensando: "Ves, Lucía, esto es lo tuyo. Jorge es genial, pero el champán en limusina sabe mejor". Freddy me explicó que el camino a Grapevine era largo. Yo miraba por la ventana el paisaje de Texas, música country de fondo, sintiéndome la reina del mambo.

Pero entonces, el asfalto se convirtió en tierra. Y la tierra en polvo. Y el polvo empezó a cubrir los cristales de la limusina.

—¿Es esa la casa? —pregunté señalando una construcción que se veía a lo lejos.

—Sí, señorita. Bienvenida a Waterblue.

Mi cara debió de ser un poema de terror. Aquello no era un rancho de lujo; era una ruina con paredes desconchadas que pedían a gritos una demolición. Bajé del coche protegiéndome los ojos del sol y me encontré con un hombre alto, con sombrero y la ropa más sucia que el palo de un gallinero.

—Soy Tom —dijo extendiéndome una mano llena de callos—. Bienvenida.

—Lucía… —balbuceé, estrechando su mano con miedo a contagiarme de algo—. Disculpa, Tom, pero esto parece el escenario de una película de miedo. ¿Dónde está el lujo que me prometieron?

Tom me explicó el drama: su hermano Jeremy había muerto hacía una semana, dejando el rancho en la miseria y a una viuda con un bebé. —Vas a vivir una auténtica experiencia ranchera, Lucía. Ordeñarás vacas, esquilarás ovejas…

—¡Para el carro, vaquero! —le interrumpí—. Yo he venido a descansar, no a ser la versión española de *La Casa de la Pradera*. Quiero volver a España. ¡Ahora mismo!

Pero Tom, con una sonrisa que me desarmó un poco, me pidió una oportunidad. Apareció María, su cuñada, una mujer morena con cara de haber masticado limones todo el día. Ni me saludó. Me dejó con la mano en el aire mientras me miraba como si fuera un bicho raro.

—Carmen te enseñará tu cuarto —gruñó María.

Subí las escaleras de madera. Cada peldaño emitía un crujido que me hacía rezar el rosario en tres idiomas. Al entrar en mi cuarto, casi me desmayo: una cama de hierro oxidado, un armario con carcoma y una limpieza… cuestionable.

La llamada del "pecado".

Me dejé caer en el colchón, temiendo que las patas cedieran. Cerré los ojos y, de repente, mi móvil vibró. Era él. Jorge.

—Hola, princesa. ¿Cómo va el lujo tejano? —su voz me dio un vuelco al corazón.

—¡Jorge! ¡Esto es un fraude! ¡Un desastre! —lloriqueé, aunque feliz de oírle—. No hay piscina, hay estiércol. No hay sábanas de seda, hay carcoma. Y el dueño, Jeremy, ha muerto.

—¿Qué? ¿Jeremy ha muerto? —soltó Jorge de repente.

Me quedé helada.

—¿Y tú cómo sabes que se llamaba Jeremy si no te lo he dicho?

Hubo un silencio tenso al otro lado de la línea. Jorge balbuceó algo sobre una recepción en la empresa hace meses donde conoció a los hermanos Harris. Me pareció una explicación lógica, pero algo en su tono me olió más raro que el establo de fuera.

—Princesa… ¿Te gustaría que estuviera allí contigo? —preguntó de pronto, llamándome "cariño".

—Sí, me encantaría… —confesé, olvidando mis planes de grandeza por un segundo—. Me encantaría que me abrazaras ahora mismo.

—Un hombre enamorado mueve montañas, Lucía. Te quiero.

Colgué el teléfono atónita. "Te quiero". Nunca me habían dicho esas palabras de esa manera. Pero luego miré el techo amarillento de mi cuarto y mi pijama de *Women's Secret* y recuperé la cordura. "Es un repartidor, Lucía. No tiene dinero. Ojalá fuera rico…".

Café con veneno y una aliada inesperada.

Bajé a la cocina obligada por María. Me sirvió un café colado que sabía a rayos mientras me contaba su "idílica" vida con Jeremy. Resulta que el difunto era un cabrón de manual, un mujeriego que arruinó el rancho y la engañaba con todo lo que llevara faldas.

—Y te lo advierto, española —me soltó María con los ojos inyectados en odio—. Ni se te ocurra mirar a Tom. Él es mío. Si intentas conquistarlo, te saco los ojos.

—Tranquila, fiera —respondí con mi mejor sarcasmo—. No tengo ningún interés en tu cuñado ni en este vertedero. Tengo a alguien en España.

Me fui a mi cuarto sin cenar, con un nudo en el estómago. Al poco rato, Carmen, la chica que Tom había traído para ayudar, entró a escondidas con una bandeja: tortilla y pan.

—La señora María no quería que cenaras, pero aquí tienes —me susurró Carmen—. Este rancho es una ruina, pero el del señor Tom, *Harris Round*, ese sí que es lujoso. El hermano se lo gastó todo en mujeres y juego. No te fíes de María, es mala.

Cené como si no hubiera un mañana, escondiendo la bandeja bajo la cama como si fuera una delincuente. Me puse el pijama y me metí entre las sábanas, mirando el techo descascarillado.

¡Qué situación! Yo, Lucía Suárez, la mujer que solo acepta lo mejor, durmiendo en una choza, amenazada por una viuda loca y echando de menos a un repartidor que me ha dicho "te quiero".

—¿Qué he hecho yo para merecer esto, Dios mío? —susurré antes de que el cansancio del viaje me dejara frita.

Capítulo 7: Hidrógeno, verdades amargas y una vaca suicida

Unos golpes secos en la puerta me sacaron de mi sueño sobre yates y camareros en bañador. Me incorporé como si tuviera un muelle en la espalda. En este rancho, el concepto de "dormir hasta tarde" es un mito urbano.

—Señorita, el señor Tom dice que baje ya —susurró Carmen tras la madera.

—¿Pero han puesto ya las calles? —protesté, mirando por la ventana una oscuridad que me asustaba.

Me di una ducha que fue más un ejercicio de supervivencia que un aseo, porque de la alcachofa salían tres gotas contadas y con una presión ridícula. Me puse mis pantalones de *Coronel Tapioca* (lo más campestre que tenía) y mi cazadora vaquera de *Giorgio Armani*. Para rematar, mis botas *Panamá Jack*. Si iba a ir al barro, al menos iría con marca.

Al bajar, me topé con Tom. Estaba impecable: camisa vaquera limpia, *Levis* que le sentaban como un pecado y ese aire de hombre que sabe mandar.

—Bonita ropa, Lucía, pero no es para el campo. Vamos a desayunar y luego te equipo —dijo con una sonrisa tierna que, por un segundo, me hizo olvidar que quería estrangularlo.

—Tom, sácame el billete a España. Esto es un timo —le rogué mientras entrábamos al comedor.

—Dame unos días. Si luego sigues queriendo huir, yo mismo te llevo al aeropuerto.

Desayunamos solos. María se había quedado en la cama con el bebé, y yo no pude evitar sentir una pizca de lástima… hasta que Tom soltó que, en cuanto el rancho funcionara, le buscaría un marido para quitársela de encima. "Vaya, qué práctico", pensé. Este hombre no da puntada sin hilo.

Devoré tortillas de maíz, frijoles y queso fresco. Tenía un hambre canina. Tom me observaba divertido. "Me gustan las mujeres con apetito", soltó. Yo le miré de reojo. Era guapo, rico y con posición. El candidato número uno de mi ranking. Así que, ni corta ni perezosa, empecé mi despliegue: sonrisitas, toques de pelo, miradas de "aquí estoy yo".

Pero Tom no picó. Es más, se puso tenso.

—Termina ya, tenemos que irnos —dijo con un tono agresivo que me sentó como una patada. "Vaya, Lucía, te has pasado de frenada", me dije.

El coche del futuro y el pasado de Jorge.

En la puerta nos esperaba un monstruo de metal: un Chevrolet Colorado ZH2. Tom empezó a darme una lección magistral sobre pilas de combustible e hidrógeno.

—O sea, un coche eléctrico pero con nombre raro —resumí yo para cortar el rollo científico.

—Algo así —rio él—. Y dime, ¿trabajas en la sección de carnicería en Madrid?

Resultó que Tom conocía al dueño de mi cadena de hipermercados, *The Sun*. Me contó que era amigo del hijo del dueño… y ahí fue cuando casi se me para el corazón. Cuando le dije que no tenía novio y que buscaba a alguien "de mi nivel", la conversación se volvió oscura.

—¿Tu ranking? —preguntó Tom con el ceño fruncido—. Lucía, voy a serte sincero: eres guapa, pero no deslumbrante. No tienes la sofisticación para los círculos que buscas. Los hombres de mi posición olemos a las mujeres que solo buscan el dinero y las usamos para divertirnos. Luego, las dejamos de lado.

Sus palabras me dolieron más que si me hubiera dado un bofetón. Se me saltaron las lágrimas. Recordé a Alejandro y a Lucas… tenía razón. Solo fui un juguete para ellos. El único que me ha querido de verdad es Jorge, mi repartidor.

—Me he enamorado de uno que es maravilloso —confesé tragando saliva—, pero es un simple repartidor.

—Pues qué suerte tienes —sentenció Tom—. Porque un hombre con dinero que se enamore de ti con esa actitud… va a ser difícil de encontrar. Cambia, Lucía. Busca la felicidad, no la cuenta bancaria.

De compras y sorpresas telefónicas.

Llegamos a Grapevine. No era el centro comercial glamuroso que yo esperaba, sino una tienda de ropa de trabajo regentada por un tal Scott. Media hora después, salía de allí "disfrazada" de ranchera: camisa a cuadros roja y negra, vaqueros rígidos y botas que me hacían polvo los pies.

—¡Me veo horrorosa! —protesté.

Para compensar, Tom me llevó a comer a *Bartleys BBQ*. El sitio parecía que se iba a caer, pero el olor a costillas asadas era glorioso.

Me puse hasta arriba de carne y guarniciones, tanto que tuve que desabrocharme el botón del pantalón.

En ese momento, sonó mi móvil. Jorge.

—Hola princesa… ¿estás con Tom? ¿Los dos solos? —su voz sonaba cargada de celos.

—Sí, comiendo. ¿Quieres que te lo presente? —bromeé.

—No hace falta. Te quiero, Lucía. Y tengo una sorpresa para cuando vuelvas.

Colgué con el corazón a mil. Ese "te quiero" me perseguía. Tom, que no es tonto, me pilló al vuelo: "Estás enamorada de él, se te nota en los ojos".

El jardín botánico y la gran huida.

Fuimos a los jardines de *Heritage Park* para bajar la comida. Era un sitio precioso, lleno de arroyos y paz. Allí, Tom se sinceró. Me contó cómo su hermano Jeremy dilapidó su herencia en alcohol y mujeres, y cómo él se sentía responsable de su sobrino y de María, aunque no la amara.

—Necesito tu ayuda, Lucía. Ayúdame con la granja y, por favor, mantén a María lejos de mí. Me asfixia.

—Está bien, te ayudaré —dije, sintiendo por primera vez una conexión real con él, pero no de interés, sino de amistad.

Tom, agradecido, me besó la mano y me propuso un planazo: pasar de María e irnos a su rancho de verdad, *Harris Round*, a pasar la noche. ¡Casi salto de alegría!

En el viaje de tres horas, descubrimos que a los dos nos gustaba la música española. Tom hasta se atrevió a cantar por la Niña Pastori con un acento gringo que casi me hace orinarme de la risa.

—"De boca en boca en boca vaaaa…" —berreaba él.

—¡Cantas fatal, Tom! Pero te doy una estrella por el esfuerzo —reí a carcajadas.

De repente, un volantazo me hizo gritar. Una vaca se había cruzado en la carretera.

—¡Casi nos matamos! —exclamé recuperando el aliento—. Ya veo el titular: "Española timada muere por culpa de una vaca suicida".

—No te he timado, Lucía… Ya verás mi rancho. Ya casi estamos.

Miré por la ventanilla. El paisaje estaba cambiando y, por primera vez desde que aterricé en Texas, sentí que la aventura de verdad estaba a punto de empezar.

Capítulo 8: Entre el Dior y el engaño

—Bienvenida a mi casa, Lucía. Esta es la verdadera *Harris Round*.

Tom bajó del todoterreno y rodeó el capó con esa zancada atlética suya para abrirme la puerta. Al poner un pie fuera, me quedé con la boca abierta, incapaz de articular palabra. Si el rancho de su hermano era una película de terror, esto era el set de rodaje de una superproducción de Hollywood.

La entrada era una majestuosa rotonda de guijarros blancos, tan perfectos que parecían perlas, que rodeaban una fuente de mármol donde una escultura de mujer vertía agua cristalina con un murmullo relajante. Sentir aquellas piedras bajo mis botas era como recibir un masaje de bienvenida. Pero, de repente, la vibración de mi móvil rompió el hechizo. Miré la pantalla y mi corazón dio un vuelco.

—¡Jorge! —exclamé, olvidándome de mi pose de mujer fatal—. ¡No sabes dónde estoy! ¡En el rancho de verdad! Es… es increíble, Jorge. Me encantaría que estuvieras aquí para verlo conmigo.

—Hola, princesa —su voz, profunda y cálida, me acarició el oído —. No sabes cómo me gustaría estar ahí… ¿Me echas de menos tanto como yo a ti?

La respuesta era un "sí" que me quemaba la garganta, un "sí" que quería gritar a los cuatro vientos, pero me obligué a tragarme el orgullo.

—Es que esto te encantaría, de verdad… Oye, tengo que dejarte, Tom me espera. Un beso.

Colgué rápido, antes de que la debilidad me hiciera confesarle que lo amo, que lo extraño hasta que me duele el pecho y que daría

igual estar en una choza o en este palacio si él estuviera a mi lado. Sacudí la cabeza con fuerza. "¡Basta, Lucía!", grité sin darme cuenta.

—¿Basta qué? —preguntó Tom, acercándose con gesto preocupado.

—Nada, nada… manías mías. Vamos dentro, que me muero de curiosidad.

Me agarré a su brazo con determinación. Noté que Tom me miraba de una forma distinta, más intensa, más… masculina.

—¿Por qué me miras así, tan serio? —le pinché.

—Pienso en cómo nos llevaríamos tú y yo si empezáramos algo serio, Lucía —soltó él, dejándome petrificada.

Me paré en seco. ¿Una relación? ¿Con Tom Harris? ¿El soltero de oro de Texas?

—A ver, Tom… ¿estarías dispuesto a casarte conmigo en un futuro? —pregunté, yendo directa al grano como buena negociadora de mi propio destino.

—De momento, prefiero que nos conozcamos y ver qué pasa —respondió él con cautela.

—No creo que funcione. Las distancias largas no van conmigo y… —me callé. Casi suelto el nombre de Jorge. Casi admito que un repartidor me tiene el alma en un puño.

—¿Y tú qué? Te has quedado a medias —insistió él, pero yo ya estaba subiendo los escalones de la entrada, huyendo de la verdad.

TOM

Abrí la puerta y dejé que Lucía entrara. Su reacción fue casi cómica: se quedó con los ojos como platos y soltó un "¡La hostia!"

que me hizo vibrar de risa.

Estaba fascinada, moviéndose por el salón como una niña en una tienda de caramelos. En ese momento, mi móvil vibró. Era una llamada que no podía ignorar.

—Dame un segundo, Lucía. Ponte cómoda —le dije antes de encerrarme en la biblioteca.

—¿Tom? ¿Sigues ahí? —la voz de mi mejor amigo sonó clara al otro lado.

—Aquí estoy, Jorge. Estaba instalando a la ganadora del concurso.

—¿Y qué tal es ella? —preguntó él con un interés que intentaba disimular, pero que yo conocía de sobra.

—Me tiene desconcertado, amigo. Por un lado, va de sofisticada y me confiesa sin pudor que busca un marido con dinero. Pero luego… luego es pura frescura, espontánea, con un lenguaje de barrio que me resulta extrañamente atractivo. Tiene algo, Jorge. Algo que engancha.

—Lo sé, Tom. Escucha bien… Lucía es la mujer de mi vida. Estoy locamente enamorado de ella.

Me quedé mudo. ¿Cómo era posible?

—¿Qué dices? ¿Cómo que estás enamorado de ella?

—La conocí cuando empecé a trabajar de repartidor en la empresa… ya sabes, para conocer el negocio desde abajo antes de heredar el imperio de mi padre.

—¿Y ella lo sabe? —pregunté, frotándome la frente—. Jorge, si ella solo busca dinero y tú le estás ocultando quién eres… ¡Te

mereces a alguien que te quiera por ti, no por tus cuentas bancarias!

—No sabe quién soy, Tom. Cree que soy un simple currito. Y sí… ya me he acostado con ella.

—¡La has cagado, tío! —exclamé—. Si se entera del engaño, o peor, si se queda contigo por el dinero cuando lo descubra, nunca sabrás si es real.

—La conozco, Tom. Su corazón y su mente están en guerra ahora mismo. Necesito que me hagas un favor…

LUCÍA

Mientras Tom terminaba su misteriosa llamada, yo exploraba el salón. Paredes de piedra pulida en tonos blancos, ventanales inmensos que daban a un porche de madera de ensueño… Era el paraíso.

—Lucía, te enseño tu cuarto —dijo Tom, apareciendo de la nada y dándome un susto de muerte.

Caminamos por un pasillo de techos altos hasta una puerta de madera maciza. Al abrirla, mis filtros desaparecieron de nuevo.

—¡La virgen del Pompillo! ¡Pero qué maravilla es esta!

Tom estalló en carcajadas.

—¿La virgen de qué? De verdad, Lucía, tu vocabulario es una mina de oro.

Le expliqué que era una expresión de mi abuela murciana y terminamos riendo los dos, rompiendo un poco el hielo. Pero entonces, Tom se puso serio de nuevo.

—Conozco a un Jorge que es muy especial para mí… es mi mejor amigo —soltó de repente.

Me puse tensa. ¿Jorge? No, no podía ser. Había miles de Jorges en el mundo.

—Yo también conozco a un Jorge… es muy especial para mí —respondí con cautela.

—Ya me hablaste de él. Estás enamorada, se te nota —dijo Tom acercándose un paso—. Pero me gustas, Lucía. Y si pudiste enamorarte de un repartidor sin blanca, también podrías enamorarte de mí, que además tengo el "paquete completo" que buscas.

Me quedé callada. Tom tenía razón. Era la oportunidad de mi vida. El millonario estaba a tiro de piedra… ¿por qué mi estúpido corazón seguía latiendo por el chico que me traía las cajas de carne en Madrid?

Para evitar responder, dejé que me enseñara el baño. Y aquello ya fue el golpe de gracia. Un jacuzzi digno de una suite real, mármol blanco y sales de lavanda que perfumaban el aire.

—Todo tuyo —dijo Tom con un guiño—. Lucinda vendrá a ayudarte. Tienes dos horas antes de la cena.

Me desnudé a toda prisa y me sumergí en el agua caliente. Lucinda, una chica encantadora, me trajo una copa de vino blanco helado. Intenté sacarle información sobre si Tom traía a muchas mujeres al rancho, pero la chica era más fiel que un perro guardián.

Encendí la pantalla del hilo musical y seleccioné sonidos zen. Cerré los ojos, el vino empezó a hacerme efecto y las burbujas masajeaban mi cuerpo… pero entonces, como un fantasma, Jorge volvió a aparecer. Su risa, sus manos recorriendo mi espalda en aquella ducha de Madrid, su "te quiero" en el aeropuerto.

—¡Maldito seas, Jorge! —exclamé, saliendo del agua de un salto, furiosa porque no me dejaba disfrutar de mi momento de gloria.

Me envolví en un albornoz de algodón egipcio y vi mi maleta sobre la cama. Al abrirla, supe exactamente qué arma iba a utilizar esta noche. Saqué mi vestido negro de Christian Dior: ceñido, con un escote en V de infarto y una abertura lateral que llegaba hasta el muslo. Lo combiné con unos salones de Louis Vuitton con tacón de aguja.

Esta noche no iba a ser la "paleta de pueblo". Esta noche iba a ser la mujer que Tom Harris no pudiera olvidar… aunque tuviera que arrancar a Jorge de mi corazón con mis propias uñas.

Capítulo 9: Dior, trufas con sabor a tierra y un beso mecánico

LUCÍA

—Estás preciosa.

La voz de Tom resonó en el salón como un violonchelo bien afinado. Estaba allí, esperándome, embutido en un traje gris marengo cortado a medida que gritaba "tengo más ceros en la cuenta que tú zapatos en el armario". Se acercó y me besó la mano con una galantería que me dejó las piernas como flanes.

—Tú tampoco estás nada mal, vaquero —coqueteé, intentando que mi voz sonara seductora y no como la de una adolescente histérica—. Ese traje te sienta mucho mejor que el disfraz de granjero lleno de barro.

Me sentía idiota, pero decidida. Jorge estaba en un cajón de mi mente bajo llave. Tom era el objetivo. El pasaporte a la vida que "me merecía".

—Acompáñame. He ordenado que nos preparen la mesa en el jardín —dijo, guiándome hacia el cenador.

Aquello parecía el final de *The Bachelor*. Velas por todas partes, una mesa que brillaba más que el escaparate de Tiffany’s y un aroma a flores caras.

—Guau… Tom, ¿cuándo has organizado este despliegue? ¿Y cómo ha llegado mi maleta aquí? ¿Tiene alas?

—No hagas preguntas, princesa. Disfruta de esta noche, porque mañana… mañana volvemos al barro. Experiencia ranchera real, ¿recuerdas?

—En cuanto a eso… —iba a protestar, pero me puso un dedo en los labios.

—Mañana será otro día. Hoy, solo somos tú y yo.

TOM

Lucía estaba espectacular. Ese vestido negro de Dior le quedaba como si lo hubieran cosido sobre su propia piel. Sé que le mueve el interés, que mira los candelabros de plata como si estuviera calculando su valor en el mercado de empeños, pero aun así… es un reto. Y un favor que le hago a mi amigo Jorge: si se queda conmigo por el brillo del oro, le habré ahorrado a él una decepción de por vida.

—He mandado traer el menú de *The French Laundry*. Es una creación de Thomas Keller —le anuncié, retirando su silla con elegancia.

—Qué honor —dijo ella con un deje de ironía—. El rey de Texas sirviendo a una humilde encargada de súper.

—Eres la ganadora, Lucía. Te debo una compensación por la carcoma del otro rancho. Prueba estas ostras con perlas de caviar.

La observé mientras succionaba la ostra. Sus labios se movían con una sensualidad que me hizo olvidar por un momento que estábamos en una cena y no en mi dormitorio.

—¡Deliciosas! —exclamó—. Aunque confieso que es mi primera vez. Mi sueldo en Madrid da para latas de mejillones, pero esto…

—Hablando de sueldos —la pinché—, vistes de diseñadores que cuestan tres meses de tu trabajo. ¿Cómo lo haces, Lucía? ¿Magia financiera?

—Ese mousse tiene buena cara —respondió ella, cambiando de tema más rápido que un rayo—. ¿Qué es?

—Jardín Crispino. Aguacate, rábanos y pepinos con mantequilla de eneldo.

—Paso —dijo arrugando la nariz—. Rábanos y pepinos de noche son una bomba fétida para mi estómago. No queremos que la velada termine en el cuarto de baño, ¿verdad?

Solté una carcajada. Su honestidad bruta me desarmaba. Pasamos al bacalao islandés con bechamel de berenjena. Ella lo probó con recelo.

—No soy fan de la berenjena, pero esto entra solo —admitió.

Luego llegó la langosta escalfada en mantequilla dulce. Lucía parecía estar en el cielo, hasta que vio el pan. —¿Y esto? ¿No hay pan normal? ¿De pistola? ¿Barra de cuarto? Tanta mantequilla me va a taponar las arterias, Tom.

—Es un brioche laminado de cacao amargo —expliqué, conteniendo la risa—. Pruébalo.

Cualquier otra mujer habría fingido que detectaba las notas de cacao y la procedencia de la mantequilla de Diane St. Clair. Lucía, en cambio, miró unos huevos de codorniz con polenta como si fueran alienígenas.

—Mira qué huevos más diminutos —soltó con los ojos como platos—. ¿Esto se come o se incuba?

—Huevos de codorniz con salsa Dijonnaise.

—No, gracias. Ni por el nombre ni por el tamaño. Me queda poco sitio en el estómago y no pienso desperdiciarlo en algo que parece de juguete.

El desastre de la trufa.

—¿Espacio para un risotto biológico con trufa negra rayada? —le ofrecí, sirviéndole una cucharada.

Lucía se metió el arroz en la boca, masticó dos veces y, ante mi horror, lo escupió directamente sobre el césped de mis impecables jardines.

—¡Ayyy, perdón! —gritó, limpiándose la boca con la servilleta de hilo—. ¡Pero creo que he tragado un trozo de tierra! ¿Se le ha caído la maceta al cocinero?

—Lucía… eso es la trufa. Es el diamante de la cocina. Sabe a bosque, a frutos secos… es carísima.

—Pues esta estaba caducada, Tom. Sabía a mantillo para las plantas. Por favor, dame vino, necesito quitarme el sabor a jardín de la lengua.

No podía creerlo. No tenía paladar, pero tenía una gracia que me impedía enfadarme. Decidí jugársela con el último plato: puré de patata con compota de cebolla... y un extra de trufa negra oculta.

—Prueba esto, es solo puré —le dije con malicia.

Se lo metió en la boca. Vi cómo sus ojos se abrían. Vi cómo sus mejillas se inflaban mientras luchaba por no volver a escupir. Tragó con un esfuerzo heroico, como quien se traga una medicina amarga, y se bajó media copa de vino de un trago.

—¿Pasamos al postre? —preguntó con voz ronca—. Y por favor, dime que el chocolate no tiene sabor a césped.

El beso que no encajaba.

Cuando terminamos, me levanté. La luz de las velas bailaba en su escote y el deseo me golpeó como un tren de mercancías. Me acerqué por detrás, sintiendo el calor de su piel. Rozé su cuello con mis labios. Noté cómo se estremecía, cómo se le erizaba el vello de los brazos. A través de la seda del Dior, sus pezones se marcaron como dos faros.

La levanté suavemente y la obligué a girarse.

Esperaba que se colgara de mi cuello, que me devorara como había devorado la langosta. Pero Lucía estaba quieta. Petrificada. Me miraba con una intensidad eléctrica, pero sus músculos estaban en tensión.

"Es mía", pensé. La agarré por la cintura, estrechando su cuerpo contra el mío, y la besé. Fue un beso hambriento, desesperado, como si buscara algo que no terminaba de encontrar. Ella respondió, movió los labios, pero no había fuego. No había alma. Era un beso mecánico, una transacción comercial.

Me separé, frustrado y extrañamente herido.

—Tom… yo… —balbuceó ella con la mirada perdida.

—No digas nada —la corté, recuperando mi máscara de frialdad —. Perdona si te he incomodado. Me gustas mucho, pero se nota que tu cabeza está en otra parte. O en otro hombre.

—No es eso, es que…

—Es hora de descansar, Lucía. Mañana nos espera el trabajo de verdad. Buenas noches.

La dejé allí, bajo las estrellas, preguntándome si el "repartidor" de Madrid no le habría dado un banquete de emociones que mis trufas de mil dólares jamás podrían igualar.

Capítulo 10: Gases de efecto invernadero y un polizón en el corazón

Pasé la noche en vela, dando vueltas en aquella cama que, aunque era de algodón egipcio, me parecía de pinchos. Mi cerebro me gritaba: "¡Vuelve al cuarto de Tom! ¡Bésalo! ¡Asegura el patrimonio!". Pero mis pies se habían convertido en dos bloques de hormigón. Jorge, el maldito Jorge, se había instalado en mi pecho y no había desahucio posible.

Al amanecer, Lucinda me despertó con una sonrisa y una noticia terrible: era hora de volver al rancho de la ruina.

El desayuno con Tom fue más tenso que una cuerda de violín. Él estaba serio, oculto tras su sombrero de vaquero, y yo no sabía dónde meterme.

—Lucía, cuando estés lista, ven a mí —me dijo con una solemnidad que me hizo sentir como la protagonista de una radionovela—. Mientras tanto, desayuna. Hoy vas a ser una ranchera de verdad.

—¿Eso incluye no morir de asco? —pregunté, pero él ya estaba subiendo mi maleta al coche.

El regreso al "infierno" y la mamporrera frustrada.

De vuelta en el rancho de Freddy, la recepción fue… predecible. Carmen me recibió con sus trenzas y su dulzura, pero María apareció en la cocina como una bruja salida de un cuento de los hermanos Grimm.

—Vaya, ya volvió la niñata insípida —escupió María—. Ni lo intentes, Tom es mío.

—Buenos días para ti también, reina del drama —le solté sin frenar el paso—. Lo que pase con Tom no es de tu incumbencia.

Me puse la ropa de trabajo (esa camisa a cuadros que me daba sarna solo de verla) y me fui a los establos. Tom estaba rodeado de unos toros que tenían más músculos que un gimnasio entero.

—Acércate, Lucía. Hay que aparear a estos morlacos con las vacas —dijo Tom señalando a los animales.

—¡Ni hablar! —pegué un salto hacia atrás—. ¡Yo no voy a hacer de mamporrera! No le toco la "herramienta" a un bicho de estos ni por todo el oro de Texas. ¡Antes me vuelvo a Madrid andando!

—Tranquila, exagerada —rio Tom—. Tu misión es más… médica. Tenemos una vaca con flato en el rumen. Gases, Lucía.

Me entregó una cuerda atada a una vaca que me miraba con una tristeza infinita. Estaba hinchada como un globo de helio.

—Paséala hasta que se tire un pedo —ordenó Tom—. Si no suelta el gas, habrá que clavarle un punzón.

—Pobrecita… venga, vaquita, colabora. Tírate un tirititito o nos vamos a arrepentir —le suplicaba yo mientras la paseaba por el corral. Pero la vaca no soltaba ni un soplido.

Apareció Charles, el veterinario, un tipo joven con un acento que me sonaba a chino mandarín. Sin preámbulos, sacó un punzón y se lo clavó a la vaca en el costado. El sonido fue como desinflar una rueda de camión, pero el olor… ¡Madre mía del Pompillo! Aquello no era gas, era un arma química.

No pude evitarlo. Vomité hasta la primera papilla que me dio mi madre.

—Tranquila —dijo Tom dándome un pañuelo—, la primera vez siempre impresiona.

—¡Impresiona! —exclamé limpiándome la boca—. ¡Ese gas se está cargando la capa de ozono él solito! Si Greta Thunberg ve esto, clausura el estado de Texas.

Ares, el único caballero del rancho.

Para compensar el trauma, Tom me presentó a Ares, un caballo color chocolate con una mirada tan profunda que parecía leerme el contrato de permanencia del móvil.

—Hola, pequeñín —le susurré al oído—. Cuídame y no me tires, que ya he tenido bastante con los pedos de tu prima la vaca.

Ares me dio un lametazo en la cara que me dejó media mejilla empapada, pero me conquistó. Con la ayuda de Tom (y unos cuantos tirones de pantalón poco glamurosos), logré subirme. Dar vueltas al corral a lomos de Ares fue lo único civilizado de la mañana. Me sentía una amazona, una reina del rodeo… hasta que vi una nube de polvo acercándose.

—Ya llega el otro concursante —dijo Tom con una sonrisilla extraña.

—¿Otro? —me puse tensa—. ¿Otro incauto para compartir la miseria? Pues bienvenido sea.

La sorpresa (y el cortocircuito mental).

Un todoterreno frenó en seco frente al porche. Freddy bajó del volante y abrió la puerta trasera. Un hombre con gorra y gafas de sol bajó con aire decidido. Se quitó las gafas, se colocó la gorra hacia atrás y… el mundo se detuvo.

—¡¿JORGE?! —el grito me salió del alma.

—¡Sorpresa, princesa! —exclamó él con esa sonrisa que me desarma las defensas—. ¡Yo también gané el concurso!

No me lo pensé. Me olvidé de Tom, de mi ranking, de mi plan de casarme con un millonario y de mi dignidad. Corrí hacia él y me colgué de su cuello como si me fuera la vida en ello.

Jorge me levantó en vilo y me besó. Un beso de verdad, de los que saben a pasión y a "te he echado de menos", no como el beso de frigorífico que le di a Tom anoche.

—Ejem… —la tos de Tom cortó el momento—. No sabía que se conocían… y tan estrechamente.

Me separé de Jorge, roja como un tomate. Jorge, sin soltarme la cintura, miró a Tom con una confianza que me dejó patidifusa.

—Nos conocemos muy bien, señor Harris —dijo Jorge con un tono que no le había oído nunca—. Imagínate mi suerte, ganar el mismo premio que mi chica.

—Sí, una casualidad… asombrosa —respondió Tom con los ojos entrecerrados, mirándome como si fuera una traidora de alto calibre.

Entramos en la casa y yo sentía que me iba a dar un parraque. Jorge me apretaba contra él y mi corazón bailaba una jota. Estaba feliz, loca de alegría por verle, pero una parte de mi cerebro me daba bofetones: "¡Lucía, estúpida! ¡Ayer coqueteabas con el dueño de medio Texas y hoy te pillan con el repartidor de salchichones! ¡Has arruinado tu futuro!".

Pero miré a Jorge a los ojos y me dio igual. Mi Jorge estaba aquí. Aunque estuviéramos rodeados de vacas con gases y cuñadas psicópatas, la vida volvía a tener sentido. Eso sí… ¿cómo demonios iba a explicarle esto a Tom?

Capítulo 11: Pactos de caballeros y una detective en el establo

Entré en la casa con los nervios de punta, sintiendo la mano de Jorge en mi cintura como una marca de hierro al rojo vivo. Pero lo que vi me dejó descolocada. María, la mujer que ayer quería envenenarme el café, recibió a Jorge con una sonrisa que no le cabía en la cara y un abrazo que… bueno, digamos que duró tres segundos más de lo que dicta la cortesía entre desconocidos.

—¡Qué pedazo de hombre! —parecía decir su cara.

—María, este es Jorge, el otro ganador —soltó Tom con un retintín que me puso sobre aviso.

Me puse verde de celos. "¿Pero qué le pasa a esta?", pensé. A mí me recibió con el puñal entre los dientes y a él le falta ponerle la alfombra roja. Me acerqué y aparté a Jorge de ella con un movimiento que ni yo misma reconocí.

—Jorge, bienvenido a *nuestro* rancho —dije marcando el territorio—. Carmen te preparará un cuarto.

Tom, con una mirada gélida que me hizo sospechar hasta de mi propia sombra, separó a Jorge de mi lado. —Jorge, ven conmigo. Tenemos que hablar de… negocios de ganaderos. Lucía, quédate con María y Carmen. Aprenderás a cocinar comida de rancho.

—¿Perdona? ¿Yo? ¿Cocinando frijoles? —protesté, pero Tom ya se lo llevaba a rastras.

Antes de irse, Jorge me plantó un beso que me dejó las neuronas echando humo. "Dalo por hecho, princesa", me susurró. Pero Tom los separó con un destello de ira en los ojos que no me gustó nada. Allí había gato encerrado, y el gato tenía espuelas.

TOM Y JORGE: EL PACTO DE LOS "HERMANOS"

Nos encerramos en el despacho, rodeados de olor a cuero y whisky caro. En cuanto la puerta se cerró, el aire se volvió pesado. Nos abrazamos, sí, porque Jorge es como mi hermano, pero los celos me estaban carcomiendo las entrañas. Verlo besar a Lucía así… me produjo una rabia que no pude ocultar.

—Gracias por la mentira, Tom —dijo Jorge sentándose—. Necesitaba verla. Necesito que acepte lo que siente.

—Jorge… tengo que confesarte algo. Me gusta Lucía.

Jorge se quedó rígido. La camaradería se esfumó en un segundo.

—¿Cómo? Sabes lo que siento por ella. Sabes que es mi mujer.

—Lo sé —respondí, sirviéndome un trago—. Al principio pensé que era una superficial, una mujer que solo buscaba el cheque. Pero debajo de esa máscara de Dior hay una mujer sensible, una luchadora que me atrae como nadie lo había hecho antes. Anoche intenté besarla, Jorge. La deseé.

—¡Olvídalo! —rugió Jorge levantándose—. ¡Es mía! Ella está enamorada de mí, aunque se lo niegue a sí misma.

—Puede ser —dije con calma—, pero yo tengo lo que ella dice buscar: posición y dinero. Tú, en cambio, sigues con la farsa del repartidor. Te propongo un trato, hermano: que gane el mejor. Cada uno luchará por ella a su manera. Sin trampas sucias, pero sin piedad. Y pase lo que pase, nuestra amistad no morirá.

Jorge me miró con una mezcla de odio y respeto. —Acepto. Pero recuerda: yo ya he estado en su cama. Yo ya tengo su corazón. Tú solo tienes su ambición.

—Veremos qué pesa más al final del día —sentencié—. Ahora, a trabajar. Te voy a mandar a las tareas más duras del campo para que no se te olvide que aquí el jefe soy yo.

LUCÍA: LA INVESTIGADORA DEL "POLLO AL CHILE"

Me quedé en la cocina con María, que no paraba de lanzarme pullitas sobre por qué no le había dicho que tenía un novio tan "impresionante".

—Si yo tuviera ese hombre, no miraría a Tom ni por todo el oro del mundo —decía ella mientras picaba cebolla con saña.

—Déjame en paz, María —le solté antes de encerrarme en mi cuarto.

No quería salir. Quería meterme debajo de la cama hasta que un avión me devolviera a Madrid. Pero entonces, unos golpecitos en la puerta me sacaron de mis pensamientos. Era Carmen.

—Seño… el patrón pregunta por usted. Está preocupado.

—Ay, Carmen… es que no sé qué hacer. Ese chico, Jorge…

—Se conocen, ¿verdad? —susurró Carmen con complicidad—. Escuché algo en la cocina, seño. Prométame que no dirá nada… pero el señor Jorge y el patrón se abrazaban y se reían como amigos de toda la vida. Jorge le pedía que guardara un secreto y luego dijeron algo de "que gane el mejor".

Me quedé de piedra. ¿Amigos de toda la vida? ¿Jorge y Tom Harris? ¿El repartidor de salchichones y el magnate de Texas? Las piezas del puzle empezaron a girar en mi cabeza como una lavadora centrifugando. "Que gane el mejor"… ¡Estaban apostando conmigo! ¡Me estaban usando como si fuera un trofeo de caza!

—Gracias, Carmen. Eres un ángel —dije con una voz que ya no era temblorosa, sino de puro acero.

Bajé las escaleras con una decisión que habría asustado al mismísimo Ares. Ya no me importaban los crujidos de la madera. Al entrar en el salón, los pillé hablando en voz baja. Se callaron en seco al verme.

—Ya estoy lista —dije con una sonrisa cínica—. ¿Cuál es el plan, patrón?

—Tenemos que llevar el ganado al pasto sur —dijo Tom, cogiéndome la mano con una confianza que ahora me dolió—. Jorge vendrá conmigo. Tú te quedarás aquí restaurando el establo.

—¡Vaya! —exclamé—. No sabía que Jorge fuera jinete. ¿Te enseñaron a montar en el reparto de carnicería?

Jorge se puso un poco nervioso.

—Bueno… me tocaron unas clases en una tómbola de la empresa —improvisó.

—¡Qué suerte tienes, Jorge! Te tocan todos los premios: concursos en Texas, clases de hípica… Eres el hombre con más potra de España —le solté con una mirada que podría haber cortado el acero.

Jorge intentó agarrarme del brazo para hablar a solas.

—Lucía, espera, necesito decirte…

—¡Ahora no, Jorge! —le corté en seco, zafándome de él—. El patrón tiene prisa y yo tengo un establo que arreglar. Ya hablaremos luego… de tómbolas y de secretos.

Salí del porche con la cabeza alta, escuchando la risita de Tom a mis espaldas. No sabían en qué avispero se habían metido. Se pensaban que era una pieza de caza, una "niñata insípida" o una "mujer superficial".

Pero iban a descubrir que Lucía Suárez era una luchadora en su propio mundo, y que a partir de ahora, las reglas del juego las ponía yo.

"Que gane el mejor, ¿eh?", pensé mientras agarraba un martillo en el establo. "Pues os vais a enterar de quién es la mejor aquí".

Capítulo 12: Martillos, verdades a medias y una fuga a medianoche

Un martillo y unos clavos. Ese era mi nuevo "kit de supervivencia". Al parecer, después de sobrevivir a los gases bovinos, Tom decidió que mi siguiente paso para ser una ranchera de élite era arreglar las paredes podridas del establo.

Un peón joven y bastante guapo —al menos este no me miraba como si fuera un bicho raro— se ofreció a enseñarme.

—Mire, señorita. Sujete el clavo con la izquierda, toques suaves… y cuando esté recto, ¡pum!, golpe seco.

La teoría era fantástica. La práctica fue un desastre. En el tercer intento, el martillo resbaló y, en lugar de la madera, alcancé mi dedo gordo.

—¡AUCHHH! ¡La madre que me parió! —grité, agitando la mano como si intentara que saliera volando. Me metí el dedo en la boca buscando un alivio milagroso mientras los peones disimulaban las risas.

—Concéntrese, señorita —me animó el joven guapo.

Me dolió el orgullo más que el dedo. Me planté frente a la tabla, apreté los dientes y visualicé la cara de Tom en el clavo. ¡Zas! El clavo entró como si la madera fuera mantequilla. Tres tablas puestas y veinte martillazos después, me sentía como la mismísima Thor, aunque con el dedo del tamaño de una salchicha de Frankfurt.

El huracán Jorge.

Regresé a la casa buscando hielo y paz, pero me encontré con María y su "sonrisita de hiena". —Jorge es lo único bueno de que

estés aquí —me soltó ella mientras alimentaba al bebé—. Así dejas a mi Tom tranquilo.

Iba a soltarle cuatro frescas sobre mis planes de conquista, pero entonces la puerta se abrió de golpe. Jorge entró como un vendaval y me envolvió en un abrazo que casi me deja sin costillas.

—¡Princesa! —exclamó antes de estamparme un beso que me borró hasta el nombre.

Me fundí en él. Jorge tenía ese don: un beso suyo y mi cerebro se desconectaba, dejando que el corazón tomara el mando. Pero un carraspeo seco nos separó. Tom estaba en el umbral, con una expresión que daba más miedo que los toros sin castrar de esta mañana.

—Este no es el lugar para comerse a besos —soltó Tom, destilando veneno.

—He estado mucho tiempo lejos de mi chica, Harris —respondió Jorge con una chulería que me puso los pelos de punta.

—Lucía, si me hubieras dicho que tenías novio, no te habría cortejado —me espetó Tom.

¡Tierra, trágame y escúpeme en la Gran Vía! Sentí que se armaba la de San Quintín.

—¡Basta! —grité—. No me siento cómoda. Me voy a mi cuarto y esta noche hablaremos los tres, porque vosotros dos también tenéis mucho que explicarme sobre vuestra "extraña" amistad.

El juicio de la hoguera.

Me encerré a cal y canto. Mi estómago rugía, pero mi cabeza rugía más fuerte. Tenía que decidir. Tom era el ideal de mi *planning*: rico, guapo, posición. Pero, Jorge… Jorge era el que me hacía

temblar las rodillas. ¿Había llegado el momento de tirar el dichoso *planning* a la basura? Sí. Pero no antes de descubrir qué se traían estos dos entre manos.

Bajé al jardín guiada por el resplandor de una hoguera. Allí estaban, sentados en troncos, hablando como si fueran confidentes de toda la vida. Al verme, el silencio se hizo sepulcral.

—Siéntate, Lucía —dijo Tom con una frialdad que me caló los huesos—. Hemos tenido una charla muy interesante. Jorge me ha confirmado que él es el que te llamaba cada noche.

—Cierto —dije, cruzándome de brazos—, pero…

—Pero nada —me cortó Tom—. Me dijiste que solo buscabas dinero y posición. Que el hombre de España no te interesaba. Coqueteaste conmigo sabiendo lo que hacías. Ahora, decide. ¿Él o yo? Aquí y ahora.

—¡Habla, Lucía! —presionó Jorge—. Dile que me amas.

Me sentí como un animal acorralado.

—¿Pero qué os pasa? ¿Os conocéis? —les espeté—. Jorge, ¿qué concurso has ganado tú? Os tratáis con demasiada confianza. ¡Contestadme vosotros!

—No cambies de tema. ¡Habla! —insistió Jorge.

Esa fue la gota que colmó el vaso. No soy un trofeo que se gana en una apuesta. Me di media vuelta y eché a correr hacia la casa.

La fuga de la "luchadora".

Encontré a Carmen en la sala. —Carmen, necesito un favor de vida o muerte. Llama a un taxi para la una de la madrugada. Es una sorpresa para el patrón, no digas nada.

—¡Ay, qué lindo, seño! —rio ella, cómplice—. Cuente conmigo.

Subí a mi cuarto y llamé a Alfredo, mi jefe en España. —¡Alfredo! Sácame un billete de avión. El primero que salga. Me voy de aquí ya.

—Pero Lucía, ¿qué pasa? —preguntó él asustado.

—Te lo explicaré todo al llegar. Por favor, hazlo.

Apenas colgué, Tom y Jorge empezaron a aporrear mi puerta. Entraron con cara de pocos amigos, exigiendo explicaciones.

—¡Fuera de mi cuarto! —les grité—. No soy una comuna. Hablaré con vosotros cuando yo lo decida, no cuando me acorraléis. ¡Fuera!

Se marcharon, convencidos de que "mañana" hablaríamos. Pobres ilusos. Hice las maletas a la velocidad del rayo. A las 00:30, con el corazón en la garganta, agarré mi maleta —que pesaba como si llevara dentro todo el oro de Texas— y empecé a bajar las escaleras. Cada crujido de la madera sonaba en mis oídos como un disparo.

Llegué a la puerta de entrada, la abrí con cuidado y miré el salón por última vez. Aquel rancho me había dado besos de película, pero también me había intentado domesticar. Y una luchadora nunca se deja domesticar.

Salí a la oscuridad de la noche, lista para caminar hasta la entrada del camino y esperar a ese taxi que me devolvería a mi mundo. O eso esperaba yo…

Capítulo 13: La gran evasión (o el gran ridículo)

Cerré la puerta principal con el sigilo de un ninja, o al menos eso creía yo hasta que mi maleta de Louis Vuitton decidió que era un buen momento para que una de sus ruedas chirriara como un alma en pena.

—¡Maldita sea! —susurré al aire nocturno—. Mañana mismo te engraso con mantequilla de esa de cacao de Tom.

El plan era sencillo: cruzar el jardín, bordear los establos y llegar a la entrada del camino principal donde, según Carmen, el taxi me esperaría a la una. Pero claro, en las películas de espías no mencionan que en los ranchos de Texas no hay farolas, sino una oscuridad que parece la boca de un lobo con indigestión.

Caminaba arrastrando la maleta por la hierba para no hacer ruido sobre la grava, lo que convertía el trayecto en un entrenamiento de *crossfit* extremo. Sudaba como un pollo asado bajo mi chaqueta de marca.

Al llegar cerca de los establos, escuché un relincho.

—¿Ares? —pregunté en voz baja.

El caballo asomó la cabeza por encima de la valla del corral. Me miró con esos ojos enormes, juzgándome.

—No me mires así, pequeñín. Me voy. Aquellos dos me están volviendo loca y yo no soy un trofeo de feria. ¿Me guardas el secreto?

Ares soltó un bufido y, acto seguido, decidió que sería una idea maravillosa lamer el asa de mi maleta.

—¡No! ¡Quita! ¡Baboso! —intenté apartarlo, pero en el forcejeo, mi maleta volcó y se abrió de golpe.

Media biografía de mi vida en ropa interior de encaje salió volando por el corral. Allí estaba yo, a las doce y cuarenta y cinco de la noche, gateando entre las patas de un caballo de quinientos kilos para recuperar un sujetador de encaje rojo mientras rezaba para que Tom o Jorge no aparecieran con una linterna.

El sabotaje de la naturaleza.

Logré cerrar la maleta como pude (creo que dejé un calcetín de trofeo para Ares) y seguí mi camino. Pero el destino tenía otros planes. Para llegar a la carretera tenía que cruzar el sector donde estaban las vacas… las famosas vacas con gases.

El olor a "metano prémium" me avisó de que estaba cerca.

Intenté pasar de puntillas, pero una de las vacas, que debía de tener el sueño ligero, se levantó de golpe y soltó un mugido que resonó en todo el valle.

—¡Shhh! ¡Cállate, gorda! —le supliqué—. ¡Que nos van a pillar!

La vaca me miró, masticó un poco de aire y, como si fuera una señal de guerra, el resto del ganado empezó a levantarse. En segundos, me vi rodeada de rumiantes que me miraban con curiosidad. Y entonces ocurrió lo peor: el taxi.

A lo lejos, vi las luces del coche acercándose por el camino. Pero el taxista, que debía de ser nuevo o tener mucha prisa, empezó a tocar el claxon para avisar de su llegada. ¡PIIII, PIIII!

—¡No! ¡Cierra el pico! —grité en silencio, agitando los brazos como una náufraga.

El comité de recepción.

Las luces de la casa se encendieron de golpe.

—¡Lucía! —el grito de Tom retumbó desde el porche—. ¡¿Qué demonios estás haciendo en el corral de las vacas a la una de la mañana?!

Me quedé congelada. Una vaca me lamía el hombro izquierdo, mi maleta estaba medio abierta mostrando un zapato de tacón que sobresalía como una lengua, y yo estaba cubierta de paja y… bueno, prefiero no saber qué era lo que pisaba.

Jorge apareció corriendo detrás de Tom, todavía abrochándose la camisa.

—¡Princesa! ¿A dónde vas con ese equipaje? ¡Si el taxi es para mí!

—¿Para ti? —pregunté estupefacta, olvidando por un momento que intentaba escapar.

—¡Claro! —dijo Jorge llegando hasta donde yo estaba—. ¡Yo también pedí un taxi para irme! No podía soportar estar aquí viendo cómo Tom te miraba.

—¡Pues yo pedí el taxi para irme porque no os soporto a ninguno de los dos! —grité, tirando la maleta al suelo con rabia—. ¡Sois unos tramposos! ¡Apostando conmigo como si fuera un semental para cruzar!

Tom se acercó, cruzando los brazos sobre su pecho musculoso. Se le veía una mezcla de enfado y ganas de reírse de mi aspecto deplorable.

—A ver, aclaremos esto. ¿El taxi es para los dos? ¿Os vais juntos?

—¡Ni muerta! —dijimos Jorge y yo al unísono.

El taxista, un tejano con un sombrero más grande que su coche, bajó la ventanilla.

—¿Alguien va al aeropuerto o me quedo aquí viendo cómo discuten con las vacas? Porque el taxímetro corre y el olor a boñiga me está matando.

—¡Yo voy! —dije dando un paso adelante, pero tropecé con una piedra y terminé sentada directamente sobre un montón de… algo que no era barro.

TOM

Ver a Lucía sentada en medio del corral, con su vestido de marca manchado de estiércol y esa cara de "luchadora" indignada, fue demasiado para mi autocontrol. Solté una carcajada que espantó hasta a la vaca más dormida.

—¡No te rías, imbécil! —me gritó ella, al borde de las lágrimas.

—Es que no puedes irte así, Lucía —dije acercándome para ofrecerle la mano—. Pareces cualquier cosa menos una mujer sofisticada de Madrid ahora mismo.

Jorge intentó ayudarla también, pero ella rechazó ambas manos.

—¡Me voy! ¡Sola! ¡A España! —se levantó como pudo, agarró su maleta (que ahora chorreaba algo sospechoso) y se dirigió al taxi.

Pero el taxista, al ver el estado de la maleta y de la ropa de Lucía, puso cara de asco.

—Eh, señorita… en mi coche no sube nadie que huela a establo de esa manera. El tapizado es de cuero nuevo.

—¡Le pago el doble! —chilló Lucía.

—Ni por el triple. Se queda usted aquí a ducharse. Buenas noches.

El taxi dio media vuelta y desapareció en la oscuridad, dejándonos a los tres bajo la luz de la luna, rodeados de vacas curiosas y con una Lucía que olía a todo menos a Chanel número cinco.

—Bueno —dije, tratando de recuperar la compostura—, parece que la "Gran Evasión" ha sido un fracaso estrepitoso. Lucía, a la ducha. Jorge, a tu cuarto. Mañana… mañana decidiremos quién gana este juego, porque ahora mismo, la única que ha perdido es la capa de ozono con el olor que traes.

Capítulo 14: Perfume de establo y el interrogatorio del jabón

Allí estaba yo. Sola, en mitad de la noche texana, viendo cómo las luces traseras del taxi se alejaban como mis sueños de una huida digna. El silencio que quedó en el corral era sepulcral, solo roto por el masticar rítmico de una vaca que me miraba con lo que juraría que era lástima.

—¿Contentos? —grité, dándome la vuelta hacia los dos "galanes" que me observaban desde el porche—. ¡Me he quedado atrapada en este parque temático del olor corporal!

—Lucía, por el amor de Dios, entra en la casa antes de que los coyotes te confundan con un saco de abono —dijo Tom, haciendo un esfuerzo hercúleo por no volver a desternillarse.

Caminé hacia ellos arrastrando mi maleta, que ahora pesaba el doble por el barro pegado, y dejando un rastro que ni Pulgarcito. Al pasar por su lado, ambos se taparon la nariz sincronizadamente.

—Ni una palabra, Jorge. Ni una —le advertí al ver que abría la boca.

—Princesa, yo solo iba a decir que… que el marrón te resalta los ojos —consiguió decir antes de que yo le lanzara una mirada que lo fulminó en el sitio.

La ducha de la discordia.

Subí a mi cuarto escoltada por Tom, que mantenía una distancia de seguridad de al menos dos metros. Al llegar a la puerta, me entregó un fajo de toallas blancas y mullidas.

—Dúchate. Usa todo el jabón que encuentres. Si hace falta, usa el lavavajillas de la cocina —dijo con una media sonrisa que, a pesar

de todo, seguía siendo irritantemente atractiva.

—Eres un idiota, Tom Harris.

—Y tú eres una mujer con muy mala suerte, Lucía Suárez. Te espero abajo cuando estés… desinfectada. Jorge y yo tenemos que hablar contigo. De verdad.

Me encerré en el baño. El agua caliente nunca me había sentado tan bien. Mientras me frotaba la piel como si quisiera arrancarme hasta el apellido, mi cabeza no paraba. ¿Qué hacían esos dos juntos en la hoguera como si fueran mejores amigos? ¿Por qué Jorge tenía tanta confianza con el "patrón"?

Salí de la ducha envuelta en un albornoz de algodón egipcio (el único lujo que me quedaba) y me senté en la cama. Mi maleta estaba en un rincón, dando pena. Entonces, algo me llamó la atención. Una esquina de cuero negro asomaba por el bolsillo lateral de la maleta de Jorge… ¡Espera! ¡Esa no era mi maleta! Con las prisas y el caos del corral, me había traído la bolsa de mano de Jorge.

La curiosidad no mató al gato, pero a la "Agatha Christie de Madrid" la estaba consumiendo.

El secreto de la cartera.

Abrí la bolsa con dedos temblorosos. No había salchichones, ni folletos de tómbolas, ni uniformes de repartidor. Lo que encontré me dejó sin respiración:

1. Una cartera de piel de cocodrilo que costaba más que mi coche.
2. Un pasaporte donde ponía "Jorge de la Cruz" (vale, el nombre coincidía).

3. Una tarjeta de crédito *Centurion de American Express* (la famosa tarjeta negra que solo tienen los millonarios y Batman).
4. Una invitación a una gala benéfica en Nueva York a nombre de "Jorge de la Cruz, CEO de Industrias Alimentarias".

—¡Hijo de…! —me tapé la boca para no gritar.

No era un repartidor. No le había tocado ninguna tómbola. El "amor de mi vida" era un magnate que me había estado tomando el pelo desde el minuto uno. Y Tom… Tom lo sabía. Todo este tiempo se habían estado riendo de mí.

El enfrentamiento final (o casi).

Bajé las escaleras con el albornoz bien apretado y la tarjeta negra escondida en el bolsillo. Los encontré en el salón, tomando un whisky frente a la chimenea. Parecían dos caballeros en un club privado de Londres, no dos tipos en un rancho.

—Lucía, ya hueles a rosas —dijo Jorge levantándose con esa sonrisa de "bueno, pero pobre" que ahora me producía urticaria.

—Sí, Jorge. Ya huelo a rosas. Y a mentiras —me planté frente a ellos—. Antes de que digáis nada, quiero jugar a un juego. Se llama "Enseñadme la cartera".

Jorge se puso pálido. Tom dejó el vaso de whisky sobre la mesa, con un ruido seco.

—Lucía, podemos explicarlo… —empezó Tom.

—¡Explicar el qué! ¿Que habéis hecho una apuesta sobre mí? ¿Que el repartidor resulta que tiene una tarjeta negra con la que podría comprar este rancho y el de al lado? ¡Me habéis tratado como a una vaca de esas a las que sacáis los gases!

—¡No es así! —exclamó Jorge intentando acercarse—. Lo hice por ti. Quería que me quisieras por quien soy, no por lo que tengo. Me dijiste que solo buscabas dinero y yo…

—¡Y tú decidiste que era buena idea engañarme! Y tú, Tom… el "gran caballero", ayudándole en su farsa. "Que gane el mejor", ¿verdad? Carmen os oyó.

—Lucía —Tom se levantó, su voz era grave y tranquila—, es cierto que somos amigos. De toda la vida. Jorge me pidió ayuda para recuperarte. Al principio acepté porque quería ver qué clase de mujer eras. Pero luego… luego apareciste tú de verdad. Y el trato de "que gane el mejor" dejó de ser una broma para convertirse en una realidad. Porque yo también te quiero, Lucía.

Me quedé helada. Estaba entre el hombre que amaba y que me había mentido, y el hombre que encarnaba mis sueños y que también me había mentido.

—Mañana sale mi vuelo —dije con voz firme, aunque por dentro era un flan—. Y me voy a ir de aquí. Sola. No quiero saber nada de magnates disfrazados ni de cowboys apostadores. Podéis quedaros con vuestro rancho, con vuestras vacas y con vuestras tarjetas Amex. Yo me vuelvo a mi supermercado de Madrid, donde al menos los huevos no son de codorniz y la gente no miente por deporte.

Me di la vuelta para subir, pero entonces se escuchó un estruendo fuera. Una tormenta de las que solo hay en Texas acababa de estallar. Un rayo iluminó la sala y, acto seguido, se fue la luz.

—Genial —susurré en la oscuridad—. Ahora sí que es una película de terror.

Capítulo 15: Apagón, confesiones y un sándwich de mentiras

El rayo que cayó cerca del establo hizo que los cristales vibraran y, de repente, *pum*. Oscuridad total. El silencio que siguió fue casi peor que el trueno, porque sabía que seguía allí, atrapada en un sándwich de testosterona y engaños.

—Genial. Simplemente genial —mascullé en la penumbra—. Lo próximo será que aparezca el fantasma del fundador del rancho para decirme que también es accionista de mi supermercado.

Escuché el roce de unas botas sobre la madera.

—Lucía, no te muevas, voy a por unas velas —la voz de Tom sonó demasiado cerca.

—¡Ni se te ocurra acercarte, vaquero de pacotilla! —grité extendiendo el brazo—. ¡Tengo una tarjeta *American Express Centurion* y no dudaré en usarla! ¡Corta el aire que da gusto!

—Princesa, por favor… —la voz de Jorge sonaba suplicante desde el otro lado del sofá—. Déjanos explicarte.

—¿Explicar el qué, Jorge? ¿Que el "repartidor de embutidos" resulta que es el Rey del Chorizo a nivel internacional? ¡Me has tenido sufriendo por si llegabas a fin de mes mientras tú tienes una tarjeta con la que podrías comprarte una isla y ponerme de camarera!

El campamento de la verdad.

Tom regresó con tres velas gordas que daban una luz amarillenta y siniestra. Nos sentamos los tres en el suelo, alrededor de la mesa de centro, porque con la tormenta fuera nadie se atrevía

a subir las escaleras. Parecíamos un grupo de adolescentes jugando a la ouija, pero con más mala leche.

—A ver, "Señor Harris" y "Señor De la Cruz" —dije poniendo la tarjeta negra sobre la mesa como si fuera una prueba judicial—. Empezad a cantar. Y que sea la verdad, porque como pille otra mentira, me vuelvo a España nadando.

Jorge suspiró, mirándome con esos ojos que antes me derretían y que ahora me parecían sospechosos hasta de parpadear.

—Fui yo, Lucía. Todo empezó porque te oí hablar con tu amiga en el súper. Dijiste que buscabas a un hombre con "estatus". Me dolió, porque yo ya estaba loco por ti desde que te vi pelearte con la máquina de los turnos de la carnicería. Pensé: "Si le digo quién soy, nunca sabré si me quiere a mí o a mis fábricas de mortadela".

—¡Ah, claro! —exclamé indignada—. ¡Qué romántico! Me engañas para ver si soy una interesada. ¡Pues mira por dónde, Jorge, sí lo soy! ¡O lo era! ¡Pero resulta que cuando me enamoré de ti me importaba un bledo que repartieras mortadela o chopped de pavo!

Tom soltó una risita ahogada tras su vaso de whisky.

—No te rías tú, que eres el cómplice —le señalé con el dedo—. "Que gane el mejor", ¿eh? ¿Eso qué era? ¿Un torneo de hípica para ver quién se quedaba con la chica del súper?

—Fue una apuesta estúpida de hombres, Lucía —admitió Tom, poniéndose serio—. Pero Jorge me pidió que te trajera aquí porque quería que vieras "su mundo" desde fuera. Lo que no planeamos fue que yo también acabara cayendo. Me gustas, Lucía. Me gusta que seas capaz de escupir una trufa de mil dólares y de pegarte martillazos en el dedo por defender una tabla podrida.

El hambre agudiza el ingenio (y el rencor).

En ese momento, mi estómago decidió que ya había tenido suficiente drama y soltó un rugido que se escuchó por encima de la lluvia. Un rugido largo, cavernoso y humillante.

—Parece que la "luchadora" tiene hambre —comentó Jorge con una sonrisa tímida.

—Tengo un hambre que me comería a Ares con patatas —gruñí —. Pero no pienso aceptar nada de vuestra comida de lujo.

—En la despensa hay pan, queso y jamón del bueno —dijo Tom levantándose—. Voy a preparar algo. Sin trufas, lo prometo.

Diez minutos después, estábamos los tres sentados en el suelo, comiendo sándwiches de jamón a la luz de las velas. El ambiente era tan absurdo que empecé a reírme sola. Una risa nerviosa que acabó en carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Jorge con la boca llena.

—De mí. De que estoy aquí, oliendo a vaca porque un taxista me ha rechazado por pestilente, comiendo jamón con dos millonarios que juegan a ser granjeros y con un billete de avión que probablemente se cancele porque fuera está cayendo el diluvio universal. Mi *planning* de vida ha muerto, Jorge. Lo has matado tú con tu tarjeta negra.

—Podemos arreglarlo, Lucía —dijo Jorge intentando cogerme la mano.

—¡Ni se te ocurra! —le quité la mano y le di un mordisco al sándwich—. Mañana, cuando salga el sol, me largo. Y no quiero limusinas, ni jets privados, ni mortadela de exportación. Quiero un taxi que huela a pino y un vuelo en clase turista, donde me den cacahuetes rancios y no me mientan sobre quién es el piloto.

La noche más larga.

La tormenta seguía rugiendo. Tom trajo unas mantas y las puso en el suelo del salón. —Los caminos estarán cortados, Lucía. No saldrá nadie de aquí hasta mañana mediodía. Tendremos que dormir aquí.

—Vale —dije acomodándome en un extremo—, pero que quede claro: Jorge en aquel rincón, Tom en el otro, y yo aquí en medio con mi tarjeta Amex afilada. El primero que intente un "acercamiento romántico" se queda sin herencia.

Me tumbé, envuelta en la manta, mirando las sombras que las velas proyectaban en el techo.

Tenía a los dos hombres más deseables de Texas a menos de dos metros, y lo único que quería era llegar a mi casa, ponerme mi pijama de gatitos y borrar todos los contactos que empezaran por "V" de vaquero o "M" de mentiroso.

—Buenas noches, princesa —susurró Jorge desde la oscuridad.

—Cállate, Jorge.

—Buenas noches, Lucía —dijo Tom.

—Tú también, Tom.

Me quedé dormida escuchando la lluvia, soñando con un mundo donde los hombres no hicieran apuestas y las vacas no tuvieran flatulencias. Pero en el fondo de mi corazón de "luchadora", sabía que la batalla final no se libraría en el rancho, sino en el aeropuerto de Barajas.

Capítulo 16: Tractores, barro y una "luchadora" al volante

El sol de Texas salió con una indiferencia insultante, como si anoche no hubiera caído el diluvio universal y mi vida no fuera un desecho de tienta. Me desperté con el cuello rígido y un pie de Jorge peligrosamente cerca de mi cara.

—¡Quita ese pie de magnate de mi vista! —le grité, dándole un empujón con la manta.

Jorge se despertó sobresaltado, chocando contra una mesa supletoria. Tom ya estaba de pie, impecable como siempre, mirando por el ventanal con una taza de café en la mano.

—Malas noticias, princesa —dijo Tom sin darse la vuelta—. El camino principal está inundado. El taxi no llegará ni aunque venga en anfibio.

—¡Me da igual! —me levanté de un salto, ajustándome el albornoz con dignidad—. ¡Me voy hoy! Aunque tenga que irme a lomos de una vaca de esas que explotan por los gases. No pienso pasar ni un minuto más en este nido de víboras mentirosas.

La solución de 500 caballos.

Salimos al porche. El rancho parecía un pantano de Luisiana. Jorge me miraba con ojos de cordero degollado, intentando balbucear disculpas sobre su "fábrica de mortadelas", pero yo no le dejaba ni respirar.

—Lucía, solo hay una forma de llegar a la carretera general para que te recoja un transporte —dijo Tom señalando hacia el granero—. El tractor John Deere de mi hermano. Tiene ruedas más grandes que tu piso de Madrid.

—¡Perfecto! —exclamé—. Pues que alguien lo arranque. ¡Y que me lleve ya!

—Yo te llevo, Lucía —se ofreció Jorge, dando un paso adelante.

—¡Ni hablar! —le frené en seco—. Tú no tocas un volante en mi presencia. Bastante me has conducido ya al engaño. ¡Lo conduzco yo!

—¿Tú? —Tom soltó una carcajada—. Lucía, ese bicho tiene dieciséis marchas y embrague de camión. No es un carrito de la compra del súper.

—¡He conducido transpaletas eléctricas en el almacén de mi jefe con tres pisos de latas de atún encima, Tom Harris! —le espeté mientras me dirigía al granero con mis maletas (que ahora pesaban como si llevaran un cadáver dentro)—. ¡Apartad de mi camino!

El "Gran Premio" de Texas.

Me subí al tractor. Era una mole verde que imponía respeto. Me senté en el asiento, que era más cómodo que mi sofá de casa, y busqué la llave. Tom y Jorge se subieron a los guardabarros, uno a cada lado, como dos escoltas de honor (o dos tipos que temían por su vida).

—¡Arranca eso ya! —gritó Jorge, agarrándose a la barra de seguridad.

Giré la llave y el motor rugió con una fuerza que me hizo vibrar hasta el último empaste de las muelas. Metí una marcha (al azar, para qué engañarnos) y solté el embrague. El tractor pegó un tirón que casi manda a Jorge a visitar a las vacas de cabeza.

—¡Cuidado, Fittipaldi! —gritó Tom, agarrándose el sombrero.

—¡Es que el pedal está muy duro! —respondí mientras empezábamos a avanzar por el barro, salpicando litros de lodo marrón hacia todas partes—. ¡Abrid paso, que va la madrileña!

Avanzábamos a paso de tortuga pero con una potencia imparable. Cruzamos el charco que bloqueaba el camino mientras yo gritaba improperios en español que ellos no entendían, pero que sonaban fatal.

La despedida de María (con sorpresa).

Justo antes de llegar a la verja principal, María apareció corriendo, con el barro por las rodillas y el bebé en brazos.

—¡Lucía! ¡Espera! —gritó desesperada.

Frené el tractor con un chirrido que debió de oírse en Houston. Me asomé por la ventanilla de la cabina.

—¿Qué quieres ahora, María? ¿Me vas a cobrar el barro que me llevo en las botas?

—¡No! —dijo jadeando—. Solo quería decirte que… que Jorge no es el único que miente. Tom… Tom sabía que venías tú. Él eligió tu perfil del concurso porque Jorge se lo pidió. Lo tenían todo planeado desde España. ¡Y hay más! Jorge no solo tiene fábricas de embutidos… ¡Es el dueño de la cadena de supermercados donde tú trabajas!

Me quedé de piedra. El volante se me resbaló de las manos. Miré a Jorge, que se puso del color de la mortadela siciliana.

—¿Eres… eres mi jefe? —susurré, sintiendo que me iba a dar un parraque—. ¿El gran jefe de "Súper Mercados del Mundo"?

—Lucía, yo… quería conocer a mis empleadas desde la base… —intentó explicar Jorge, con una voz que no llegaba ni a la suela de

mis zapatos.

—¡Eres un psicópata del márketing! —le grité, volviendo a arrancar el tractor con una furia renovada—. ¡Y tú, Tom, eres su mamporrero empresarial! ¡Fuera de mi tractor los dos! ¡AHORA MISMO!

El salto al vacío (y al avión).

Los eché del tractor de un empujón (aprovechando un bache oportuno) y los dejé allí plantados, en mitad del barro, mientras yo seguía hasta la carretera principal donde, por fin, vi aparecer una furgoneta de correo que se detuvo al ver la mole verde.

—¡Eh! ¡Lléveme al aeropuerto! —le grité al conductor.

Me bajé del tractor, agarré mis maletas y, sin mirar atrás, me subí a la furgoneta. Mientras nos alejábamos, vi por el retrovisor a los dos hombres más ricos y guapos de Texas cubiertos de barro hasta las cejas, discutiendo entre ellos.

—¡Buen viaje, caballeros! —grité por la ventana—. ¡Y que os den mucha mortadela!

Cerré la puerta y le pedí al conductor que pusiera la radio a todo volumen. Sonaba una canción de *country* sobre un hombre que perdía a su mujer y a su perro. "Pues aquí el perro es el jefe", pensé con una sonrisa amarga.

Próxima parada: Madrid. Se acabó el rancho. Se acabaron los vaqueros. Empieza la venganza de la empleada del mes.

Capítulo 17: De la mortadela al éxtasis

Entrar en mi piso de Madrid después de Texas fue como pasar de una película de John Wayne a un documental sobre la depresión posparto. El silencio me recibió con una bofetada. Ni rastro del olor a bosta de vaca, ni de los ojos verdes de Tom, ni de la sonrisa tramposa de Jorge.

Solo yo, mi maleta llena de barro seco y una nevera tan vacía que, si metía la cabeza, se escuchaba el eco.

—Fantástico, Lucía. Eres una visionaria —me dije, tirando las llaves sobre la mesa—. Tienes un conjunto de lencería de trescientos euros y ni un yogur que llevarte a la boca.

Puse el móvil a cargar y, en cuanto la pantalla cobró vida, empezó a escupir notificaciones como una ametralladora. Diez mensajes de Jorge. Los leí con una mezcla de náusea y taquicardia. "¿Dónde estás?", "¿Por qué huyes?". Típico de hombre: te miente en la cara, te oculta que es el dueño del imperio donde trabajas y luego se hace la víctima porque te vas sin desayunar.

Esa noche cené aire y me dormí soñando con filetes de Texas y besos que sabían a traición.

El regreso a la "charcutería".

A la mañana siguiente me vestí con lo primero que pillé. Me daba igual el *look*. Entré en el hipermercado con la cabeza baja, pero Alfredo me estaba esperando con cara de haber visto un ovni.

—¡Lucía! ¡Vaya espantada! Pasa a mi despacho ahora mismo.

—Alfredo, ahórrate el sermón y tráeme un café y un cruasán antes de que me desmaye sobre las ofertas de 3x2. Estoy limpia, en

todos los sentidos.

Mi jefe, que en el fondo es un bendito, volvió con un botín de bollería industrial. Devoré el primer cruasán como si fuera un animal salvaje.

—Canta, Lucía. ¿Qué ha pasado en ese rancho?

Le solté todo. El engaño de Jorge, la apuesta con Tom, el tractor, el barro y la gran revelación: que nuestro "repartidor" estrella era, en realidad, el gran jefe de la cadena. Alfredo se quedó con la boca abierta, sujetando su café a medio camino.

—¿Jorge de la Cruz es tu Jorge? ¿El CEO de *Supermercados del Mundo*? —se echó a reír—. Madre mía, Lucía, te has enamorado del jefe de todos nosotros. Menudo marrón tienes encima.

—No me hace gracia, Alfredo. Me ha tratado como a un experimento de laboratorio. Me voy a trabajar, que al menos las cajas de leche no mienten.

El "castigo" del jefe.

Pasé el día entre albaranes, intentando no pensar en sus manos. Al llegar a casa, con un par de bolsas de comida que Alfredo me dejó sacar a cuenta de la nómina, me encontré con la sorpresa. El timbre no sonó, pero alguien golpeaba mi puerta con la insistencia de un cobrador del frac.

Abrí, en pijama de franela (el de los gatitos, para más inri) y con los pelos como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Allí estaba él. Jorge. Ya no llevaba la camisa de cuadros de repartidor, sino un traje que gritaba "tengo más ceros en la cuenta que tú neuronas".

—¡Jorge! ¿Pero qué…?

—Ni una palabra —me cortó, entrando en mi piso como si fuera el dueño (que técnicamente lo era, de mi tiempo y de mi sueldo)—. Me debes una explicación por lo del tractor. Y por lo de dejarme tirado en el barro.

—¿Explicación? —me crucé de brazos—. ¿Quieres que te explique cómo se siente una cuando descubre que su novio "pobre" es el que le firma las nóminas? ¿O quieres hablar de tu apuesta con el vaquero?

—Lo de Tom fue un error —dijo acercándose, y ese olor a perfume caro me nubló el juicio—. Pero lo de ocultar quién era… Lucía, me tenías loco. Quería saber si me querías a mí o a mi tarjeta *Black*.

—Pues felicidades, ya lo sabes. Te quería cuando pensaba que no tenías donde caerte muerto. Ahora solo tengo ganas de estamparte un bote de conservas en la cabeza.

Jorge no dijo nada. Se limitó a mirarme con esa intensidad felina que me hacía vibrar el suelo bajo los pies. Se desabrochó el cinturón con una lentitud exasperante.

—Has sido una chica muy mala, Lucía. Huyendo así… vas a necesitar un correctivo de tu jefe.

Se bajó los pantalones sin dejar de mirarme. No llevaba ropa interior. Allí estaba, su hombría expuesta, desafiante, recordándome por qué mi cuerpo lo elegía a él una y otra vez por encima de cualquier planificación financiera. Se me hizo la boca agua. El rencor se me bajó a los pies y el deseo me subió a la garganta.

—Abre la boca, princesa —ordenó, agarrándome por la coleta para obligarme a mirarlo desde abajo.

No me lo pidió dos veces. Lo tomé con ansia, con rabia, como si quisiera castigarlo a él a través del placer. El contraste entre mi

pijama de gatitos y su desnudez de millonario era ridículo, pero me ponía a mil revoluciones.

—¿Te gusta mandar, eh? —gruñó él, tirando de mi pelo para separarme de su miembro.

Me arrancó el pijama con una violencia que me hizo gemir. A la mierda la franela. Me empotró contra el sofá, desnudándose del todo mientras devoraba mi boca. No hubo "te quieros" dulces, hubo jadeos, mordiscos y una urgencia que quemaba.

—No vuelvas a irte —me susurró al oído con voz ronca mientras sus manos recorrían mi cuerpo, comprobando que estaba empapada por él—. Porque te encontraré siempre.

—Cállate y fóllame de una vez, jefe —le exigí, clavándole las uñas en la espalda.

No necesitó más invitación. Se introdujo en mí con una embestida que me hizo ver las estrellas de Texas de nuevo. Era sexo salvaje, crudo, una lucha de poder en la que ambos perdíamos el control. Mis piernas se envolvieron en su cintura mientras él marcaba un ritmo frenético, castigándome y premiándome al mismo tiempo.

El sofá crujía, mis gritos se ahogaban en su cuello y, cuando el orgasmo me golpeó, mordí su hombro hasta sacarle sangre. Él se corrió dentro de mí con un rugido, dejándonos a los dos exhaustos, sudorosos y enredados en un salón que olía a victoria y a desastre.

Nos quedamos allí, jadeando. Jorge me abrazó con fuerza, todavía conectado a mí.

—Mañana —dijo contra mi cuello—, vas a venir conmigo a la oficina central. Pero hoy… hoy vas a ser solo mía, sin empresas de por medio.

—Eres un imbécil, Jorge —susurré, acurrucándome en su pecho —. Pero eres mi imbécil.

Capítulo 18: Flores con espinas y el Jaguar de la discordia

Me desperté con el brazo de Jorge rodeándome la cintura. En la penumbra de mi habitación de Madrid, su cuerpo se sentía como una invasión de lujo en mi territorio de clase media. Verlo ahí, roncando suavemente sobre mis sábanas que no son de algodón egipcio, me revolvió el estómago de una forma extraña.

Lo quería. Ese era el problema. Pero también quería estrangularlo con su propia corbata de seda.

Me levanté sigilosamente. El sol de Madrid entraba por la ventana, recordándome que hoy me tocaba fichar en el súper. Le dejé una nota. No fue una carta de amor empalagosa, fue una declaración de guerra interna:

"Jorge, me he levantado y sigues aquí. Has destrozado mis planes de casarme con un millonario aburrido porque, por desgracia, me he enamorado de un mentiroso profesional. No sé si quiero que seas mi jefe, mi novio o el objetivo de mi próxima denuncia por acoso laboral. Me voy a trabajar. Hay llaves de repuesto en la entrada. Si cuando vuelva no estás, entenderé que la mortadela te tira más que yo. P.D: No te acostumbres a mi pijama de gatitos."

El "Efecto Gilipollas".

Llegué al hipermercado y Alfredo me recibió con una carcajada que se oyó hasta en la sección de frutería.

—¡Lucía! Traes una cara de gilipollas que no puedes con ella. ¿Ha vuelto el "repartidor"?

—Soy feliz, Alfredo. No me amargues el día —le solté, aunque por dentro sospechaba que la felicidad era solo un síntoma de falta

de sueño.

—Tú sabrás, chica. Pero he estado investigando —Alfredo bajó la voz mientras me pasaba un café aguado—. Ese concurso de Texas no existe. Y hoy es día de reparto. Si tu Jorge es "el jefe", no creo que venga conduciendo el camión de los embutidos.

Tenía razón. A las diez apareció un tal Hugo, un chico nuevo que no sabía ni quién era Jorge ni dónde estaba el almacén de congelados. La decepción me escoció más de lo que quería admitir. ¿Se había acabado el juego?

Entonces, llegó el mensajero. Un ramo de flores tan grande que el pobre hombre parecía un arbusto con piernas.

—¿Señorita Suárez? Firme aquí.

Busqué la tarjeta, esperando algo romántico de Jorge. Pero la tarjeta era azul. Azul tejano. *"Aunque saliste como una estampida, no te olvido. En unos días estaré en España. Prepárate. — Tom."*

Se me cayó el alma a los pies. Tom venía a Madrid. El vaquero no aceptaba un "no" por respuesta.

El Jaguar y la emboscada.

—¿Y esas flores? —La voz de Jorge retumbó a mis espaldas.

Me di la vuelta. Allí estaba él, pero ya no era el chico del camión. Llevaba un traje que costaba tres veces mi alquiler y el pelo perfectamente engominado. Parecía que acababa de salir de la portada de *Forbes*.

—Son de Tom. Dice que viene a buscarme —le solté, clavándole la mirada—. ¿Y tú? ¿Vienes a hacerme una inspección de higiene o a decirme que has comprado el edificio?

—Deja las flores y vámonos a comer. Tenemos que hablar, Lucía. De verdad.

Me sacó del súper de la mano, ignorando las miradas de mis compañeras. En la puerta no estaba la moto. Había un Jaguar plateado que brillaba tanto que hacía daño.

—¿De dónde has sacado esto, Jorge? ¿Es el coche de empresa o es que has atracado un banco de camino al súper?

—Sube, princesa. Deja de hacer preguntas.

—¡No me llames princesa mientras conduces un coche que vale más que mi vida! —le grité una vez dentro—. ¡Explícate! ¿Eres el jefe? ¿Eres un traficante? ¿O simplemente te gusta jugar a las casitas con las empleadas del mes?

—Soy el hombre que te quiere —dijo él, acelerando el Jaguar con una suficiencia que me puso de los nervios—. Y sí, soy el dueño de todo esto. Pero en el rancho… en el rancho fui yo mismo.

—¡En el rancho fuiste un guionista de Hollywood! —le espeté—. Para la comida. Me ha sentado mal el Jaguar. Llévame a casa.

El interrogatorio (y el vino).

El trayecto de vuelta fue un duelo de silencios. Salí del coche sin despedirme y subí a mi piso a toda velocidad. Cuando abrí la puerta, él ya estaba allí. Se movía por mi salón como si fuera el palco del Bernabéu.

—¿Estás lista para la verdad o vas a seguir tirándome los trastos a la cabeza? —me preguntó, sirviéndome una copa de mi propio vino barato (que en sus manos parecía un Vega Sicilia).

—Habla, "jefe". ¿Por qué yo? ¿Por qué el teatro?

Jorge se sentó a mi lado. Ya no intentaba ser tierno; era el depredador que yo había visto en el rancho.

—Te vi en el súper. Eras una **luchadora** con ínfulas de marquesa y me hiciste gracia. Luego, me enamoré de tu mala leche. Tom es mi amigo de la universidad; le pedí el favor del rancho para sacarte de tu zona de confort. No contaba con que él se encaprichara de ti.

—Me habéis usado como un cromo, Jorge.

—No. Te he buscado como se busca lo que uno quiere —se acercó a mi cuello, y su aliento me hizo perder el hilo de mi indignación—. Tom viene a por ti, Lucía. Él cree que puede comprarte con caballos y ranchos. Yo sé que a ti no se te compra… se te conquista.

—¿Y crees que con un Jaguar y un traje de Armani lo tienes hecho?

—No —susurró, quitándome la copa de la mano—. Creo que lo tengo hecho porque cuando te toco, te olvidas hasta de cómo te llamas.

Me atrajo hacia él con una fuerza que no dejaba lugar a réplicas. El rencor seguía ahí, pero el deseo era un monstruo que nos devoraba a los dos. Sabía que Tom llegaría en unos días, sabía que Jorge era un manipulador de élite… pero en ese momento, lo único que importaba era que el "jefe" estaba a punto de hacerme olvidar por qué estaba enfadada.

Capítulo 19: El eclipse de los dos soles

Estaba dándolo todo con el plumero, moviendo el esqueleto al ritmo de *Moves Like Jagger*, con los mofletes encendidos y el pelo hecho un nido de ametralladora. Cero diseño, cien por cien "maruja en crisis". Cuando sonó el timbre, abrí con la sonrisa de quien no espera que el pasado y el presente le exploten en la cara simultáneamente.

Allí estaban. Tom y Jorge. El cowboy y el magnate. El acero y el fuego. Me escanearon de arriba abajo como si fuera una pieza de caza que acaba de salir de una madriguera.

—¿Qué haces, preciosa? —Tom ni siquiera esperó invitación. Entró en mi territorio, me sujetó la cara y me plantó un beso que sabía a bourbon y a desafío.

Antes de que pudiera procesar el cortocircuito, Jorge cerró la puerta a mis espaldas. Su presencia era un muro de calor.

—Hola, mi amor. Estás increíble —soltó Jorge, repitiendo el beso de Tom con una posesividad que me hizo temblar hasta el plumero.

—¿Qué… qué hacéis aquí los dos? —atiné a decir, sintiéndome como el vértice de un triángulo demasiado peligroso.

—Haces demasiadas preguntas, nena —murmuró Tom, apartándome un mechón sudado de la frente con una lentitud que era puro pecado—. Estás un poco sucia de tanto limpiar. Necesitas un baño.

Jorge me cortó la retirada. Me sentí acorralada entre dos adonis que se movían en una sincronía perfecta, como si hubieran ensayado mi rendición en el vuelo desde Texas. Me arrastraron hacia el baño.

Sabían perfectamente dónde estaba. Sabían perfectamente lo que querían.

—¿No pensaréis que me voy a duchar con vosotros delante? —solté, aunque mi clítoris ya estaba empezando a latir con la violencia de un tambor de guerra.

—Piensas demasiado —sentenció Jorge, devorándome la boca mientras Tom empezaba a bajarme los pantalones con una destreza quirúrgica.

Mandé a paseo la decencia. Si mi jefe y el dueño del rancho se habían puesto de acuerdo para compartir el botín, ¿quién era yo para negarme a la mayor fantasía de mi vida?

—Jorge, ¿estás seguro de esto? —susurré.

—Relájate y disfruta, gatita.

El juego de las sombras.

—Vendadme los ojos —ordené, con la respiración entrecortada —. No quiero saber quién me toca. Quiero que mi cuerpo adivine.

Tardaron diez segundos en dejarme a oscuras. A partir de ahí, el mundo se convirtió en texturas, olores y un hambre primitiva. El agua caliente de la ducha empezó a caer, envolviéndonos en una nube de vapor. Dos pares de manos empezaron a enjabonar cada centímetro de mi piel. Unas eran grandes y callosas, las de Tom; las otras, firmes y expertas, las de Jorge. Me frotaban, me reclamaban, me hacían gemir bajo el chorro de agua mientras sus miembros, duros como rocas, se clavaban en mi espalda y en mi vientre.

Me secaron con una urgencia que me puso la piel de gallina y me llevaron a la cama. Me sentaron en el borde del colchón, desnuda, vibrando, ciega.

—Ahora eres nuestra —gruñó la voz ronca de Tom.

Sentí el colchón hundirse tras de mí. Unas manos atraparon mis pechos por la espalda, pellizcando mis pezones con una agresividad que me hizo arquear el lomo. Al mismo tiempo, una lengua ansiosa me invadió la boca, robándome el aliento. Ya no sabía quién era quién, y me daba igual. Era un festín de carne y lujuria.

—Quiero más… —supliqué—. Quiero que me vaciéis.

Tanteé a ciegas y atrapé dos falos imponentes. Los masturbé con una saña hambrienta, escuchando sus gruñidos guturales, sintiéndome la reina de aquel caos. Pero me quitaron los juguetes de las manos con una palmada en el culo que me hizo ver estrellas.

—Paciencia, brujilla —susurró Jorge—. Esto acaba de empezar.

Carne, sudor y gloria.

Me pusieron a cuatro patas. La vulnerabilidad de estar ciega y expuesta me prendió fuego por dentro. Sentí el glande de Jorge entrar en mi boca mientras Tom, desde atrás, preparaba el terreno con sus dedos. Era una coreografía de depravación absoluta. El pene de Jorge golpeaba mi garganta, obligándome a tragar su poder, mientras Tom me embestía por detrás con una brutalidad animal que me hacía chocar contra el pecho de Jorge.

—La hostia… joder… —exclamé, perdiendo cualquier rastro de la Lucía "sofisticada".

Estaba en el límite, a punto de estallar en mil pedazos, pero se detuvieron. Querían mi agonía.

—No me hagáis esto… —lloré de deseo—. ¡Terminad ya!

Jorge se tumbó y me colocó sobre él, empalándome de golpe. Sentí cómo me llenaba, cómo sus manos me sujetaban las caderas

para marcar el ritmo. Y entonces, el mundo se detuvo. Tom, con una lentitud cruel, empezó a invadir mi ano. Un alarido de puro dolor y placer desgarró el aire de mi habitación mientras me sentía doblemente poseída, estirada hasta el límite, convertida en el centro de su universo de testosterona.

Las embestidas se volvieron salvajes, rítmicas, brutales. No había ternura, solo la necesidad de marcar territorio. Los gritos de los tres debieron de alertar a todo el vecindario, pero me importaba una mierda.

El orgasmo me golpeó como un rayo, rompiéndome los nervios en una explosión de colores tras la venda. Jorge se corrió dentro de mí con un grito salvaje, y segundos después, Tom inundó mi retaguardia con una descarga que me dejó temblando como una hoja.

Nos desplomamos en un amasijo de sudor, fluidos y jadeos. Me quité la venda y los miré. El magnate y el cowboy, derrotados por el placer, compartiendo el mismo aire pesado de mi habitación. Jorge me abrazó con calidez, mientras Tom me pasaba la lengua por la espalda, dibujando el rastro de una batalla que ninguna de las dos partes iba a olvidar jamás.

El olor a sexo inundaba cada rincón. El "planning" de mi vida no solo había muerto… lo habían incinerado entre los dos.

Capítulo 20: El juego no ha terminado

—¡Joder! —me incorporé de golpe en la silla del despacho, con el corazón martilleando contra las costillas y la respiración errática.

Me toqué la cara. Estaba ardiendo. El sueño había sido tan real, tan crudo, que todavía podía sentir el rastro del agua caliente y la presión de aquellas manos en mi cintura. Miré mi plumero sobre la mesa. No estaba en mi casa. Estaba en el hipermercado, rodeada de albaranes y cajas de cartón.

—Ha sido un sueño... —susurré, entre aliviada y extrañamente decepcionada—. Un puñetero sueño de manual.

Pero el revuelo en el pasillo no era un sueño. Voces excitadas, taconeos rápidos y el murmullo de las cajeras subiendo de tono. Agarré a una compañera que pasaba por delante a toda prisa.

—¿Qué pasa? ¿Ha bajado el precio del aceite de oliva o es que ha venido la prensa?

—¡Mucho mejor! —jadeó ella—. Han llegado los "dueños". El gran jefe de la cadena y el tejano de las carnes. Están en la entrada y, Lucía… son pecado carnal hecho hombre.

Se me heló la sangre. El sueño reapareció en mi mente como una bofetada: los dos poseyéndome, la venda en los ojos, el sudor… Me miré las manos; me temblaban. Estaba mojada, excitada y aterrorizada. No podía verlos. No con esa imagen grabada a fuego en mi cerebro.

Intenté escabullirme por la salida de incendios, pero el destino es un guionista cruel. Al girarme, allí estaban, escoltados por un Alfredo que lucía una sonrisa de oreja a oreja.

El duelo de los machos alfa.

—Lucía, mira quién ha venido a supervisar la sección —anunció Alfredo—. El señor Harris, desde Texas, y nuestro director general.

No me atrevía a mirarlos. En mi cabeza seguían desnudos, pero en la realidad vestían trajes que costaban más que todo el inventario de la sección de electrónica. Me obligué a levantar la barbilla. No soy una niña, soy una luchadora, aunque ahora mismo mis rodillas opinen lo contrario.

—Bienvenidos a España, señores. Una sorpresa tenerlos juntos —dije, extendiendo una mano profesional.

Tom la ignoró. Se saltó todos los protocolos de seguridad laboral, me agarró por la cintura y me pegó a su pecho en un abrazo que olía a cuero y a desafío. Noté su barbilla rozar mi sien.

—Te dije que vendría a por ti, nena —susurró en mi oído.

—Suéltala, Tom. Se te va a desgastar la mercancía —la voz de Jorge cortó el aire como una cuchilla. Separó a Tom de mí con una firmeza que no admitía réplicas y me plantó un beso de "aquí mando yo" delante de toda la plantilla.

—Ella ya eligió, ¿verdad, amor? —me soltó Jorge, mirándome con esos ojos que decían: *sé lo que estás pensando y yo también quiero que ese sueño sea real*.

La última prueba.

Fuimos a comer a Ponzano. Callos, vino tinto y una tensión que hacía que los cubiertos vibraran. Tom se iba al día siguiente, pero no se iba derrotado, se iba dejando una semilla de duda.

—Cuídala, Jorge —dijo Tom mientras paseábamos por el Retiro después de comer—. Porque si la descuidas un segundo, volveré con

un billete de primera clase y un rancho que ella todavía no ha terminado de ver.

Cuando por fin dejamos a Tom en su hotel, Jorge y yo caminamos hacia mi casa en silencio. El Jaguar estaba aparcado en doble fila, desafiando a las multas y al mundo. Al entrar en mi piso, el ambiente cambió. Jorge se detuvo en el umbral de la habitación, el mismo lugar donde en mi sueño había empezado la locura.

—Lucía —dijo con una seriedad que me puso los pelos de punta —, mi padre sabe lo tuyo. Sabe que eres una empleada de base. Me ha dicho que si sigo contigo, me olvide del legado. Que me deshereda.

Me quedé helada. La sombra de su pasado, de esa tal Fiona que huyó cuando el dinero desapareció, se proyectó entre nosotros.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunté, conteniendo el aliento.

—Fiona se fue porque amaba mis supermercados, no a mí —se acercó, acortando el espacio hasta que nuestras respiraciones se mezclaron—. Yo te lo pregunto a ti: ¿Te quedarías con el repartidor? ¿Vivirías en este piso, comprando con cupones de descuento y vistiendo de mercadillo, solo por tenerme a mí cada noche?

Le miré a los ojos. Vi el miedo del niño rico que teme no valer nada sin sus millones, y vi al hombre que me había vuelto loca en un corral de vacas.

—Escúchame bien, Jorge de la Cruz —le agarré por las solapas de su traje de tres mil euros—. Me enamoré de un tío que repartía mortadela y que no tenía donde caerse muerto. Si tu padre quiere sus tiendas, que se las coma con patatas. Yo tengo mis cupones, tengo mi orgullo y tengo una transpaleta eléctrica esperándome en el almacén.

Jorge soltó una carcajada limpia, llena de alivio, y me levantó en vilo.

—Entonces prepárate, porque si vamos a ser pobres, vamos a ser los pobres más ruidosos del barrio.

Me lanzó sobre la cama. No era un sueño. Esta vez, la venda de los ojos no hacía falta. Lo quería a él, con o sin imperio, porque una **luchadora** no necesita un trono para sentirse reina, solo necesita al hombre adecuado para librar la batalla.

—¡A la mierda el Jaguar, Jorge! —grité mientras me desabrochaba el primer botón—. ¡Mañana nos vamos a trabajar en metro!

Y mientras Madrid seguía girando ahí fuera, nosotros empezamos a escribir nuestro propio inventario de besos, sin ofertas, sin descuentos y, por fin, sin mentiras.

Capítulo 21: Del Jaguar al bonobús (y una suegra de armas tomar)

Me desperté con el sonido del despertador a las seis de la mañana. No era el despertador del rancho con olor a café recién hecho, era el pitido infernal de mi móvil en mi piso de treinta metros cuadrados. Alargué la mano y toqué un cuerpo sólido, caliente y… sospechosamente suave.

—Jorge, arriba. Que el mundo no se va a llenar de latas de atún solo —le solté, dándole un codazo amistoso.

Él abrió un ojo, desorientado. Miró el techo con una grieta que parecía el mapa de Italia y suspiró.

—¿De verdad no hay servicio de habitaciones?

—El servicio de habitaciones soy yo y hoy el menú es: "espabila que perdemos el metro". Tu padre te ha cortado el grifo, ¿recuerdas? El Jaguar se lo ha llevado la grúa o está bloqueado por el renting, así que hoy estrenas tu tarjeta de transporte público.

Ver al heredero de *Supermercados del Mundo* peleándose con el torno del metro de la Puerta del Sol fue la mejor comedia que he visto en mi vida. Llevaba un traje impecable, pero sostenía el barrote del vagón como si fuera un bicho venenoso.

—Lucía, hay un señor comiendo un bocadillo de sardinas a diez centímetros de mi oreja —susurró horrorizado.

—Bienvenido al mundo real, "repartidor". Disfruta del aroma; es el perfume de la clase obrera.

El asalto a la oficina.

Llegamos al hipermercado, pero esta vez no entramos por la puerta de empleados. Jorge iba directo a la planta noble. Quería recoger sus cosas personales antes de que su padre cambiara las cerraduras. Pero al llegar a la recepción de las oficinas centrales, nos encontramos con el muro de Berlín en versión humana: Doña Enriqueta de la Cruz.

La madre de Jorge. Una mujer que llevaba más laca en el pelo que estantes tenía el súper y que te miraba como si fueras un código de barras defectuoso.

—Jorge, hijo… me han dicho que has perdido el juicio por una chica que repone los yogures —dijo, mirándome con una lupa invisible—. Supongo que esta es "la causa" de tu ruina.

—Se llama Lucía, mamá. Y sí, es la causa de que por fin sea feliz —Jorge me agarró de la mano con una fuerza que me hizo sentir que, por una vez, el "planning" de mi vida no era una tontería.

—Encantada, doña Enriqueta —dije, sacando mi mejor sonrisa de "empleada del mes"—. Si quiere, le puedo dar unos cupones de descuento para el tinte, que veo que se le clarea la raíz.

A la mujer casi le da un parraque allí mismo. Jorge tuvo que aguantarse la risa mientras entrábamos en su despacho para vaciar los cajones.

La sorpresa de Texas.

Justo cuando estábamos metiendo su pisapapeles de cristal en una caja de cartón, el teléfono del despacho sonó. Jorge contestó por inercia.

—¿Diga? ¿Tom? —su cara cambió de color—. ¿Cómo que estás en la T4? ¿Qué ha pasado?

Colgó el teléfono y me miró con una expresión que no supe descifrar.

—Tom no se ha ido, Lucía. Dice que ha tenido un "problema de aduanas" y que necesita que vayamos a buscarlo. Pero hay algo más… dice que ha recibido una oferta de compra por su empresa cárnica. Una oferta anónima que viene de España.

—¿Tu padre? —pregunté.

—O mi padre… o alguien que quiere hundirnos a los tres.

El complot se complica.

Salimos de la oficina con la caja de cartón y nos encontramos a Alfredo esperándonos en el parking con su coche viejo.

—Chicos, subid. He oído cosas en el almacén. Se rumorea que hay una auditoría externa y que están buscando fallos en tu gestión, Jorge. Quieren acusarte de malversación por el viaje a Texas.

—¡Pero si el viaje lo pagó Tom! —grité indignada.

—Eso dile a los abogados —dijo Alfredo arrancando el motor—. Esto huele a encerrona. Alguien quiere quitar a Jorge de en medio y quedarse con el imperio… y usar a Lucía como el chivo expiatorio de "distracción amorosa".

Miré a Jorge. Ya no era el CEO prepotente, ni el repartidor sexy. Era un hombre acorralado.

Y yo, una luchadora que no iba a permitir que le robaran el final feliz a base de papeles y trampas legales.

—¿Sabes qué, Jorge? —dije mientras Alfredo sorteaba el tráfico madrileño—. Que intenten hundirnos. No saben que yo llevo años sobreviviendo a inventarios nocturnos y a clientes que devuelven el

pescado congelado tres días después. Si quieren guerra, van a tener una batalla en el pasillo de ofertas.

—Esa es mi chica —dijo Jorge, besándome la mano—. ¿Cuál es el plan?

—El plan es ir al aeropuerto, recoger al vaquero y formar el equipo más extraño de la historia de los negocios. Un tejano, un ex-millonario y una cajera con mala leche. Que se preparen los De la Cruz, porque vamos a por todas.

Capítulo 22: El comando "Mortadela" al rescate

Allí estábamos, en la terminal 4 de Barajas, esperando a un cowboy con *jet-lag* mientras Jorge abrazaba una caja de cartón con sus efectos personales como si fuera el último resto de su dignidad. El metro nos había dejado el pelo como si hubiéramos dormido en un túnel de viento, pero mi orgullo seguía intacto. Jorge, en cambio, parecía un náufrago de lujo que acababa de ser expulsado de su propia isla.

—Ahí está —señaló Jorge con la voz un poco ronca—. Y no viene solo.

Tom apareció entre la multitud de viajeros cansados, arrastrando una maleta de cuero que parecía haber sobrevivido a tres guerras mundiales. Pero lo que me dejó de piedra fue quién caminaba a su lado: una mujer rubia, con un traje de sastre que cortaba el aire y una mirada de las que te analizan hasta el ADN antes de que puedas decir "hola".

—¡Chicos! —Tom me plantó dos besos que casi me desmontan la mandíbula y me levantó en vilo—. Menudo lío tenéis montado en este país de locos.

—¿Quién es ella, Tom? —pregunté, arqueando una ceja mientras me colocaba el pelo.

—Esta es Sarah, mi abogada de confianza en Dallas —dijo Tom, presentándola con un gesto orgulloso—. Se encarga de mis auditorías y de que nadie me estafe con el precio del ganado. Nos llegó información de vuestra empresa por estar implicada en algo turbio y los accionistas no quieren ver la empresa manchada por eso. Incluso han llegado a plantear el dejar de suministrarnos la carne. Por eso le pedía a Sara que investigara a fondo.

El informe del traidor.

Nos sentamos en una cafetería del aeropuerto, rodeados de maletas y de un café que sabía a calcetín usado. El ambiente era eléctrico. Sarah no perdió el tiempo; abrió un portátil de última generación y sus dedos empezaron a teclear con una velocidad que daba miedo.

—Jorge, tienes un problema —dijo Sarah, girando la pantalla hacia nosotros—. Alguien ha estado desviando fondos de la central de compras a una cuenta en las Islas Caimán. Es un goteo constante, pero profesional. Lo peor es que han usado tus claves personales para validar cada transferencia.

Jorge se puso blanco, más que la leche desnatada de la marca blanca del súper.

—Si esto sale a la luz mañana en la junta de accionistas —continuó Sarah, implacable—, no solo estarás desheredado por "mala gestión", sino que podrías terminar compartiendo celda con alguien muy poco cariñoso por un delito de desfalco.

—¡Yo no he tocado ese dinero! —estalló Jorge, haciendo que la gente de la mesa de al lado nos mirara—. ¡Esas claves solo las tenemos mi padre, el director financiero y…!

—¿Y quién más, Jorge? —le presioné, agarrándole la mano con fuerza. Sabía que la respuesta nos iba a doler.

—Fiona —susurró él, hundiendo los hombros—. Mi ex. Ella trabajaba en el departamento financiero antes de desaparecer. Mi padre la contrató hace tres meses como consultora externa de alto nivel. Me dijo que era para "limpiar la imagen" de la empresa tras los últimos escándalos.

—¡La madre que la parió! —exclamé, dando un golpe en la mesa que hizo saltar los azucarillos—. Tu padre no solo te quiere desheredar por estar con una "gerente", Jorge. Quiere meterte en la cárcel usando a tu ex para que la empresa pase limpia de polvo y

paja a manos de ese fondo de inversión que ella representa. Es una jugada maestra. Te la han metido doblada por dos sitios.

El plan de infiltración

Jorge se pasó la mano por la cara, recuperando poco a poco ese brillo de CEO que le salía cuando se sentía acorralado.

—Mañana es la Gala del 50 Aniversario de Supermercados "The Sun" —dijo—. Mi padre va a anunciar su jubilación y el nombre de su sucesor… que obviamente ya no seré yo. Fiona estará a su lado, celebrando mi caída.

—Oh, y nosotros vamos a estar ahí —dije yo, con una sonrisa que asustaría a un tiburón blanco—. Pero no voy como la gerente que te ha "arruinado" la vida, sino como la mujer que va a destapar el pastel. Tom, ¿todavía tienes esa tarjeta de crédito que no tiene límite?

Tom sonrió de oreja a oreja, mostrando sus dientes blancos de anuncio de dentífrico.

—Nena, tengo suficiente dinero para comprarme este aeropuerto si me pongo cabezón. ¿Qué necesitas?

—Necesito que me pongas como si fuera a la alfombra roja de los Óscar. Jorge, seguro que tienes uno de esos trajes de gala; no será la primera a la que asistas. Yo necesito un vestido que haga que a su padre se le caiga el monóculo de la impresión. Sarah, tú te encargas de seguir el rastro del dinero y encontrar el vínculo directo entre Fiona y la cuenta de las Caimán. Alfredo nos conseguirá los pases de seguridad para entrar hasta la cocina de la gala.

Transformación total.

Pasamos la tarde en una de esas tiendas de la Milla de Oro donde te ofrecen champán nada más entrar y donde las dependientas te

miran como si fueras un insecto hasta que Tom saca la cartera y la dejas ciega con el brillo del oro.

Me probé un vestido de seda roja, largo, con la espalda al aire y una abertura en la pierna que llegaba casi hasta mis intenciones más ocultas. Cuando salí del probador, Tom soltó un silbido que se oyó hasta en la calle Serrano y Jorge se quedó sin respiración, con la copa de champán a medio camino de la boca.

—Lucía… —Jorge se acercó, rodeándome la cintura con un temblor en las manos—. Pareces…

—Parezco la pesadilla de tu padre, Jorge. Y la de Fiona —le corregí, dándole un beso corto pero letal—. Mañana vamos a entrar en esa gala y vamos a montar el mayor escándalo de la historia de la alimentación en España. No han visto una mujer de barrio en acción, y se van a enterar.

—Me gusta este plan —dijo Tom, ajustándose su sombrero tejano frente a un espejo de diseño—. Pero recordad una cosa: si esto sale mal, el tractor en el barro de Texas va a parecer un juego de niños comparado con lo que os va a caer encima.

—Tranquilo, Tom —le guiñé un ojo mientras me miraba al espejo —. En mi barrio, cuando alguien nos intenta robar la merienda, le respondemos con el carrito de la compra a toda velocidad.

El asalto final.

Esa noche, en mi piso de treinta metros, cenamos pizza en cajas de cartón rodeados de trajes de alta costura, zapatos de aguja y portátiles con informes de paraísos fiscales. Jorge me miraba con una mezcla de admiración y miedo.

—¿Estás segura de esto, Lucía? Podrías perder tu trabajo de verdad. Podrías terminar en la calle conmigo.

—Jorge, ya estoy en la calle —me reí, abrazándole por el cuello—. Pero estoy contigo. Y créeme, prefiero mil veces pelear a tu lado que estar cobrando yogures mientras veo cómo te hunden esos estirados. Mañana, el imperio de los De la Cruz va a temblar.

Se escuchó un trueno lejano sobre el cielo de Madrid. La tormenta estaba llegando, pero esta vez, yo no buscaba refugio. Esta vez, yo era la que llevaba el rayo en la mano.

Capítulo 23: Vestidos de seda y lenguas de víbora

Me miré al espejo del recibidor de mi piso y, por un momento, no reconocí a la tía que me devolvía la mirada. El vestido rojo de seda se pegaba a mis curvas como si fuera una segunda piel, y el escote en la espalda bajaba tanto que casi se podía ver mi historial crediticio.

—Lucía, si te ve un guardia de seguridad, te detiene por exceso de velocidad —dijo Jorge, apareciendo detrás de mí con un esmoquin que le quedaba tan bien que debería ser ilegal.

—Que lo intenten, "jefe". Hoy no soy la chica de los yogures. Hoy soy la mujer que va a prenderle fuego a tu árbol genealógico.

Bajamos a la calle, donde nos esperaba Tom en un Mercedes negro que brillaba bajo las farolas de Madrid. Sarah, la abogada de Dallas, iba en el asiento del copiloto con una tableta conectada a los servidores de la empresa. Parecíamos un comando de élite, pero con mucho más estilo y un tejano con sombrero de ala ancha.

La alfombra roja del pánico.

Llegamos al Hotel Palace. El despliegue de seguridad era digno de una cumbre de la OTAN. Fotógrafos, camareros con bandejas de plata y señores con pajarita que olían a naftalina y a dinero viejo.

—¿Pases? —nos detuvo un gorila en la puerta principal.

—Soy Jorge de la Cruz —dijo Jorge con una voz tan gélida que el guardia dio un paso atrás por instinto—. Y esta es mi prometida. ¿Algún problema?

Entramos como si el hotel fuera nuestro. El salón principal era una orgía de cristalería y lámparas de araña. En el centro, sobre un escenario, estaba el patriarca: Don Ricardo de la Cruz, bebiendo

champán y sonriendo a un grupo de accionistas como si no estuviera a punto de apuñalar a su propio hijo.

Y a su lado, como una sombra elegante y peligrosa, estaba Fiona.

Duelo en el tocador.

—Voy a retocarme el labial —le dije a Jorge, dándole un apretón en el brazo—. Tú busca a Alfredo. Sarah, mantén el enlace abierto.

Me dirigí a los baños de mármol, sabiendo que Fiona me seguiría. Era previsible. A los dos minutos, la puerta se abrió y el olor a perfume de trescientos euros inundó el aseo.

—Vaya, vaya… La "cenicienta" de la sección de carnes ha encontrado un hada madrina con buen gusto —dijo Fiona, apoyándose en el lavabo y mirándome por el espejo con un desprecio infinito—. El rojo te queda bien, pero el tinte de barata se te nota a leguas.

—Y a ti se te nota el pánico, Fiona —me giré, apoyando las manos en el mármol, sin parpadear—. Sé lo de las cuentas en las Islas Caimán. Y sé que don Ricardo te está usando para deshacerse de su hijo como castigo por estar conmigo, pero lo que él no sabe es que tú también le estás robando a él. Estás desviando dinero y vendiendo acciones a sus espaldas.

Fiona palideció un milisegundo, pero recuperó la compostura rápido.

—¿Tú? ¿Una muerta de hambre que no sabe distinguir un activo de un pasivo me va a dar lecciones? Jorge te usará y te tirará cuando se canse de jugar a los "pobres". Es lo que hacen los De la Cruz.

—Jorge ya no tiene nada que perder, pero tú sí —me acerqué a ella, invadiendo su espacio personal—. Tenemos el rastro de las transferencias. Si no te largas ahora mismo, la policía te estará esperando en el postre.

El asalto al micrófono.

Salí del baño con el corazón a mil. En el salón, las luces se atenuaron. Don Ricardo subió al podio.

—Señoras, señores… hoy es un día histórico. Anuncio mi retirada y la fusión con el Grupo Global Inversión. El nuevo rumbo de la empresa quedará en manos de mi consultora estrella, Fiona Martos…

—¡Ni de coña, papá! —la voz de Jorge retumbó en todo el salón.

Jorge caminó hacia el escenario, seguido de Tom y Sarah. Yo me quedé entre el público, observando cómo las caras de los accionistas pasaban del desconcierto al horror.

—¡Jorge! ¡Vete de aquí! Estás despedido y desheredado —gritó don Ricardo, rojo de ira.

—Estoy despedido, pero sigo siendo accionista minoritario —dijo Jorge, subiendo al estrado—. Y mi invitada tiene algo que enseñaros a todos. Sarah, dale al "play".

De repente, la pantalla gigante que mostraba el logotipo del 50 aniversario cambió. Aparecieron gráficos, correos electrónicos y fotos de Fiona reuniéndose con los directivos del fondo buitre. Pero lo más jugoso fue el audio que Alfredo había conseguido grabar en el almacén: Don Ricardo planeando "fabricar" pruebas contra Jorge para justificar su expulsión.

El silencio en el Palace era tan espeso que se podía cortar con un cuchillo de carne tejano.

La victoria de la "luchadora".

—¡Es un montaje! —chilló Fiona, que acababa de entrar en el salón, descompuesta.

—No, nena —dijo Tom, subiendo también al escenario y ajustándose el sombrero—. Es una auditoría de Texas. Y en mi tierra, a los que intentan robarle el rancho a un amigo, les cerramos la puerta en las narices.

Don Ricardo miraba a su hijo como si lo viera por primera vez. La junta de accionistas empezó a murmurar. "Dimisión", se oía en las filas de atrás. "Fraude".

Me acerqué al escenario. Jorge bajó los escalones, me agarró de la mano y me subió con él. Delante de su padre, de su ex y de todo Madrid.

—Ella es Lucía —dijo Jorge al micrófono—. Gracias a ella, vuestro imperio de mentiras acaba de quebrar.

Salimos de allí entre flashes y susurros. El aire de la noche madrileña nunca me había sabido tan dulce.

—Bueno —dijo Tom una vez en la calle, mientras Sarah cerraba el portátil con un "clac" victorioso—. ¿Y ahora qué? ¿Buscamos un sitio donde pongan unas bravas decentes? No me fío de los canapés de este sitio.

—Jorge… —le miré, todavía procesando el subidón—. Ya no eres el CEO. Probablemente mañana estés en todas las portadas por el escándalo.

Jorge me rodeó con sus brazos, ignorando el Jaguar que ya no era suyo y el Mercedes de Tom.

—Lucía, ahora soy libre. Y tengo a la mejor socia del mundo. ¿A qué hora decías que pasaba el primer metro?

Nos reímos como dos locos en mitad de la Castellana.

El vestido rojo estaba arrugado, el esmoquin olía a tensión, pero por fin el "planning" de mi vida era perfecto: no tenía ni idea de lo

que iba a pasar mañana, y eso era lo mejor que me había pasado nunca.

Capítulo 24: La calma antes del trueno

La realidad me golpeaba en la cara cada mañana al despertar y ver a un CEO de metro noventa durmiendo doblado en mi sofá de tres plazas. Jorge no había perdido su fortuna, pero era como si no existiera. El juez, ante la denuncia por "administración desleal" que Fiona y su padre habían orquestado con facturas falsas y rastros de IP manipulados, había dictado un **embargo preventivo**. Sus cuentas personales, su ático de la Castellana y hasta su moto estaban en un limbo legal hasta que se aclarara el origen del dinero en las Caimán.

—¿Alguna novedad de la fiscalía? —le pregunté un martes gris, dejándole una taza de café humeante sobre la mesa plegable de la cocina.

Jorge negó con la cabeza, mirando el móvil de prepago que le había comprado yo la semana anterior. —Nada, Lucía. Mi abogado dice que el proceso puede durar meses. Mi padre se ha encargado de que parezca un delincuente ante el consejo de administración. No puedo tocar ni un euro de mis ahorros sin que salte una alerta judicial.

Pasamos las semanas echando currículums por el barrio.

Ver a Jorge intentar adaptarse a puestos de "gestor de almacén" o "administrativo" en empresas que él mismo podría haber absorbido; hace un mes me rompía el alma. Pero él no se rendía. Se había convertido en un experto en comparar precios de marcas blancas y en arreglar el grifo de la cocina que llevaba goteando un año. Se estaba convirtiendo en un hombre de barrio, un **luchador**, pero con la mirada clavada en un horizonte que cada vez veía más negro.

—Mañana es la Junta General de Accionistas —susurró Jorge, rompiendo el silencio de la cena—. Mi padre va a ratificar mi

destitución definitiva. Y yo no tengo ni para pagar el abono transporte para ir a defenderme.

—Pues iremos andando si hace falta, Jorge —le dije, apretándole la mano—. Pero no te vas a quedar aquí viendo cómo te roban la vida.

El giro del destino.

Todo cambió esa misma tarde, mientras la lluvia repicaba con fuerza contra el cristal de la cocina. Jorge estaba sentado frente a una pila de ofertas de empleo impresas, con el ceño fruncido, cuando su móvil vibró sobre el hule. Un número fijo de Madrid que no teníamos guardado.

Él lo miró con desgana, esperando quizás otra negativa de algún departamento de Recursos Humanos.

—¿Sí? —respondió con la voz apagada.

Me quedé quieta, con el paño de cocina en la mano, observando cómo su expresión cambiaba por segundos. Al principio puso cara de no saber quién le hablaba, pero de repente se quedó petrificado, como si le hubieran dado una descarga eléctrica.

—¿Sr. Garrido? —preguntó, y su voz recuperó un matiz de autoridad que me dio escalofríos—. Sí, sí… claro que me acuerdo de usted. Perdone, no esperaba su llamada después de tantos años.

Se hizo un silencio largo en la cocina. Jorge escuchaba sin parpadear, con la mirada clavada en la mancha de humedad del techo. Yo ni respiraba. Solo oía el rumor de la lluvia y el tono metálico de la voz al otro lado del teléfono. Jorge solo soltaba monosílabos, pero su mandíbula se iba tensando hasta marcarle los músculos de la cara.

—¿Cómo? —dijo de pronto, y el aire pareció desaparecer de la habitación—. No… mi padre me entregó una copia en su momento. ¿Me está diciendo que ese documento no era el que usted registró oficialmente?

Jorge se levantó de la silla muy despacio, como si el suelo quemara bajo sus pies. Sus nudillos estaban blancos de tanto apretar el móvil.

—Entiendo —murmuró con una frialdad cortante—. Cree que se aprovechó de su jubilación para ocultar el original y evitar que yo tomara el control ante la junta… Sí, mañana a primera hora estaré en su despacho. Gracias, de verdad. Gracias por llamarme, Sr. Garrido.

Colgó y se quedó mirando el teléfono, todavía en la mano, como si acabara de descubrir una bomba de relojería que llevaba años tic-tacqueando en su propia casa.

—¿Jorge? —me acerqué a él, con el corazón en la garganta—. ¿Qué pasa? ¿Quién es ese hombre?

Él me miró, y por primera vez en semanas, sus ojos no eran los de un hombre derrotado, sino los de un tiburón que acaba de oler sangre.

—Era Garrido, el antiguo abogado personal de mi madre —dijo con una voz que me puso los pelos de punta—. Se ha enterado por la prensa del embargo y de que mi padre me ha apartado de la dirección, y no le cuadraba nada. Lucía… sospecha que mi padre me dio un cambiazo con el testamento original para que yo nunca tuviera los votos suficientes para desbancarlo como presidente.

Me quedé helada. —¿Tu propio padre te ocultó la herencia para seguir mandando?

—Exacto. El testamento que Garrido registró me daba el poder total ante la junta en cuanto cumpliera la mayoría de edad, y mi padre lo escondió para seguir sentado en su trono. Mañana vamos a ver a Garrido a primera hora. Y después… después vamos a la junta.

Jorge me cogió de las manos y sentí una descarga de energía que me recorrió toda la espalda.

—Si ese documento existe, mi padre no solo ha perdido a su hijo… acaba de perder su imperio. Y nosotros vamos a estar allí para verlo caer.

El trueno que sonó en ese momento sobre el cielo de Madrid no fue nada comparado con la tormenta que acababa de estallar en mi cocina de Vallecas. La guerra de los De la Cruz no había hecho más que empezar, y esta vez, íbamos con toda la metralla.

Capítulo 23: De legajos, promesas y un arroz con cosas

La mañana olía a papel viejo y a esa justicia que solo se encuentra en los despachos que no han cambiado de muebles en treinta años. El Sr. Garrido nos recibió en la puerta de su oficina, un lugar silencioso y solemne cerca del Retiro. Se quedó mirando a Jorge unos segundos, ajustándose las gafas con un gesto lento y cargado de nostalgia.

—Eres igual que tu madre, Jorge —dijo con una voz pausada—. Os parecéis tanto… Al verte entrar, por un momento he creído que el tiempo no había pasado.

Jorge asintió, visiblemente conmovido, y me incluyó en el saludo con un gesto natural, poniéndome la mano en la espalda.

—Sr. Garrido, ella es Lucía, mi novia —dijo Jorge con una nota de orgullo en la voz—. Gracias por recibirnos con tanta urgencia.

Garrido me estrechó la mano con firmeza, estudiándome un instante con una mirada inteligente y amable. Luego volvió a mirar a Jorge.

—Me alegra que no estés solo en esto, muchacho. Tu madre siempre decía que su mayor miedo era que te casaras solo por la imagen, con una de esas mujeres frívolas que solo buscan el estatus. Ella quería para ti a alguien con sentimientos de verdad. Viendo cómo estáis aquí, creo que ella daría su visto bueno hoy mismo.

Nos hizo pasar al despacho. Sobre la mesa descansaba una carpeta de cuero gastado. Garrido recuperó el tono profesional de inmediato, aunque sus manos temblaban un poco al abrirla.

—He guardado esto como oro en paño —dijo, sacando el documento—. Aquí está. El testamento original que tu madre registró ante notario seis meses antes de fallecer. El de verdad.

Jorge se inclinó sobre el papel. El silencio en el despacho era absoluto. Observé cómo sus dedos, que ahora sabían lo que era fregar platos en mi cocina, apretaban el folio con una mezcla de rabia y alivio.

—Es verdad —susurró Jorge—. La cláusula octava. *"En el momento en que mi hijo Jorge alcance la mayoría de edad, el control político de mis acciones le pertenece de forma privativa e inmediata, sin posibilidad de tutela o administración externa"*. Mi padre me entregó una copia donde esa frase simplemente no aparecía. Me hizo creer que él tenía la última palabra sobre mis votos por derecho legal.

—Tu padre aprovechó mi jubilación para "extraviar" el original y darte un borrador manipulado que le permitiera seguir manejando tus acciones a su antojo —explicó Garrido con amargura—. No quería que nadie le tosiera en la presidencia. Pero yo guardé mi copia certificada por si llegaba este día. Al ver en la prensa cómo te ha apartado de la dirección… supe que era el momento de cumplir con la voluntad de tu madre.

El plan de ataque.

Salimos de allí sintiendo que el aire de Madrid por fin era respirable. Jorge llevaba el documento bajo el brazo como si fuera un tesoro de guerra. En cuanto pisamos la acera, sacó el móvil de prepago y marcó el número de Tom.

—¡Tom! —dijo Jorge en cuanto descolgaron—. Escucha, acabo de encontrar un documento que va a hundir a mi padre. No va a tener dónde esconderse. ¿Cómo va lo de Sarah?

—¡Fantástico, Jorge! —la voz de Tom retumbó por el altavoz, contagiándonos su optimismo—. Es increíble que haya aparecido ese papel; a tu padre le va a dar un infarto. Sarah está saliendo ahora mismo del juzgado. Ya le ha entregado al juez que lleva tu caso toda la documentación donde se demuestra que fue Fiona utilizando tus claves. No me preguntes cómo lo ha conseguido, pero es una crack, por eso la tengo de abogada. ¿Sabes cuándo es la junta de accionistas?

—Dentro de un par de días —respondió Jorge con una seguridad aplastante—. Ahora mismo voy a un notario para hacer valer el testamento y tomar oficialmente las acciones de mi madre. Eso me va a convertir en el mayor accionista. Con las pruebas de Sarah convalidadas por el juez y mis acciones, voy a destrozar a mi padre por lo que me ha hecho. Le voy a acusar por la difamación tan grave que ha vertido sobre mí y solicitar su retirada inmediata de la presidencia.

—¡Ese es mi chico! —rugió Tom—. Dadles duro.

La catástrofe culinaria del ex-CEO.

A pesar de la adrenalina, el embargo seguía ahí y mi estómago no entiende de notarías ni de juntas de accionistas. Al llegar al piso, Jorge se empeñó en ocuparse de la comida. "Tú descansa, Lucía. Hoy el arroz a la cubana corre de mi cuenta".

—¿Seguro que no necesitas ayuda, "chef"? —le pregunté con una ceja levantada.

—Confía en mí. He visto un par de vídeos. Si he gestionado fusiones internacionales, puedo freír un par de huevos.

Craso error.

A los veinte minutos, un olor a quemado bastante sospechoso empezó a colarse por el pasillo. Salí de la habitación para

encontrarme la cocina envuelta en una neblina gris digna de una película de terror. Jorge estaba agitando un trapo de cocina frente a la sartén con una cara de desesperación absoluta.

—¡Lucía, abre la ventana! ¡Creo que el arroz ha entrado en fase crítica! —gritó mientras intentaba despegar una masa negra y pegajosa de la sartén.

—¡Pero qué fase crítica ni qué narices, Jorge! —exclamé, corriendo a ventilar—. ¡Si has quemado hasta el mango de la sartén! ¿Qué demonios has hecho?

—El fuego… pensaba que si le daba a tope se haría antes —murmuró, mirando con tristeza lo que antes era comida—. Y el huevo… bueno, el huevo ha decidido que la sartén era pequeña y ha saltado por los aires. Literalmente.

Miré a la pared. Había churretes de yema de huevo chorreando por los azulejos como si fuera una obra de arte moderno de mal gusto. Miré a Jorge, el hombre que movía millones con un chasquido, derrotado por una vitrocerámica de tres fuegos. No pude evitarlo y solté una carcajada que me dobló por la mitad.

—¡Ay, mi cocinero estrella! —dije entre risas, acercándome para limpiarle un manchurrón de tomate de la nariz—. Menos mal que vamos a recuperar tu dinero, porque como tengas que ganarte la vida en una cocina, nos morimos de hambre los dos.

—No te rías —dijo él, rodeándome la cintura con sus manos tiznadas y mirándome con una sonrisa rendida—. He descubierto que gestionar una multinacional es un juego de niños comparado con manejar tu cocina. Esto es una trampa mortal.

Terminamos cenando unos restos de pan con mortadela, sentados en el suelo de la cocina porque la mesa estaba llena de ceniza y restos del "experimento". Nos reíamos de la mancha de huevo de la pared y de lo absurdo de la situación.

—Disfruta de este bocadillo, Jorge —le dije, poniéndome seria por un momento—. Porque en un par de días, cuando entremos en esa junta con el acta del notario, vas a volver a ser el de antes. Pero no olvides nunca este momento en el suelo de mi cocina.

Jorge me besó, con sabor a pan y a victoria real.

—No lo olvidaré jamás, Lucía. Porque este bocadillo me ha enseñado quién soy de verdad cuando no tengo nada más que a ti.

Capítulo 24: El caballo de Troya

Los días posteriores se nos hicieron eternos. Jorge ya tenía toda la documentación necesaria, gracias al Sr. Garrido, que le asesoró de todo lo que iba a necesitar. Pero faltaba una pieza fundamental: el día y la hora de la reunión de accionistas.

—Es inútil, Lucía —gruñó Jorge, lanzando el móvil de prepago sobre el sofá—. Mi padre ha blindado las comunicaciones. He llamado a tres consejeros y, en cuanto oyen mi voz, cuelgan. No sé cuándo piensan darme la estocada final.

Me quedé mirándole mientras terminaba de organizar mi armario. Él tenía la lógica de los despachos, pero yo tenía la de la calle.

—Jorge, deja de llamar a los peces gordos. Ellos están con tu padre —le dije, dándome la vuelta—. Hay alguien que lo sabe todo, que ve quién entra y sale de ese despacho y a la que nadie le ha prohibido hablar contigo porque creen que no cuenta.

—¿De quién hablas?

—De Vanesa, tu secretaria de dirección. Esa chica es metódica, lo sabe todo antes que tu propio padre. Mañana vamos en su busca.

—¿A la oficina? Me detendrían en la puerta.

—No, listo. A las tres sale a comer al Starbucks de la esquina; me lo dijiste tú una vez cuando te quejabas de que tardaba en volver. Vamos a esperarla allí.

El plan era mío, sí, pero en cuanto aparcamos mi coche viejo a dos manzanas de la imponente torre de cristal, empecé a arrepentirme. Vanesa apareció por la puerta giratoria como si fuera a desfilar para una firma de lujo: falda de tubo de seda, melena al

viento y unos tacones que hacían que mis zapatillas parecieran sacadas de un mercadillo.

—Es ella —dijo Jorge, bajándose del coche antes de que yo pudiera prepararme psicológicamente.

Los vi desde el asiento del copiloto y sentí cómo la sangre me empezaba a hervir. Vanesa, al ver a Jorge, se transformó. Le soltó una sonrisa deslumbrante, se acercó a él invadiendo todo su espacio vital y le puso una mano en el brazo mientras le susurraba algo al oído con una mirada cargada de intención.

Jorge se reía, asintiendo, mientras ella le rozaba la manga del traje con una familiaridad que me hizo apretar el volante hasta que me dolieron los nudillos.

"Ha sido idea tuya, Lucía, aguanta", me repetía a mí misma para no bajarme y montar un número.

Jorge volvió al coche con una nota escrita a mano y una cara de triunfo que me daban ganas de borrarle de un plumazo.

—Mañana a las diez. Junta extraordinaria —dijo, ajeno al incendio que yo tenía dentro—. Vanesa dice que Fiona ya tiene preparado el discurso de aceptación de la vicepresidencia.

—"Vanesa dice", "Vanesa esto"… —solté, cruzándome de brazos y mirando por la ventanilla—. Qué servicial la chica, ¿no? Casi se te sube encima para darte el recado. ¿Siempre te da la información con tanto… "entusiasmo"?

Jorge arrancó el motor y me miró con una chispa de diversión que me dio aún más rabia. —Nena, no te pongas así. Me ha dado la fecha porque sabe que si yo vuelvo, ella recupera su estatus. Para mí solo hay una mujer en este mundo, y es la que me ha traído hasta aquí a espiar secretarias.

—Más te vale, De la Cruz —gruñí—. Porque mañana, cuando entremos en esa torre, la única que va a dar metralla de verdad soy yo.

El asalto al trono.

El jueves amaneció con un sol de justicia. Jorge se puso un traje de tres piezas impecable que un contacto de confianza le había hecho llegar. Al ajustarse la corbata de seda, el hombre que comía mortadela en mi cocina desapareció por completo; volvía a ser el CEO implacable, pero con una determinación nueva en la mirada.

Yo busqué en mi armario mi mejor armadura. Elegí un traje de chaqueta de marca, de corte masculino pero ajustado, que gritaba autoridad. Me calcé mis mejores tacones de aguja, me puse un carmín rojo intenso y me miré al espejo. No era accionista, pero caminaba con la seguridad de quien sabe que lleva la verdad en el bolso.

Llegamos a la sede en un taxi. Jorge lo tuvo claro desde el principio: no podíamos aparecer en mi coche destartalado. Había que mantener la imagen intacta delante de los accionistas; el respeto se gana antes de abrir la boca, y bajar de un taxi limpio era el primer paso de nuestra estrategia.

Caminamos hacia la entrada principal. Los guardias de seguridad, que antes apenas le daban los buenos días si tenían ganas, se quedaron de piedra al verle aparecer de nuevo por allí.

—Sr. De la Cruz, tiene el acceso denegado por orden de presidencia —dijo el jefe de seguridad, bloqueando el paso con incomodidad.

Jorge ni siquiera se detuvo. Le estampó el acta notarial contra el pecho con una frialdad que cortaba el aire. —Llama a legal ahora mismo. Soy el accionista mayoritario por herencia directa y esta es una copia certificada del registro. Si me impides el paso a la Junta

General, mañana estarás buscando trabajo en una garita de obra. Quítate de en medio.

El guardia palideció y se apartó. Subimos en el ascensor en un silencio tenso, roto solo por el suave pitido de las plantas. Al llegar a la 40, las puertas se abrieron y el murmullo de la sala de juntas se filtró por el pasillo. Jorge me miró, me guiñó un ojo y, sin llamar, empujó las puertas dobles con una fuerza que hizo que golpearan contra el tope de la pared.

Dentro, el silencio fue instantáneo.

Treinta personas se quedaron mudas, rodeando la inmensa mesa de cristal llena de ordenadores y documentos. En la cabecera, don Ricardo presidía la sesión con el orden del día impreso frente a él. A su lado, Fiona lucía una sonrisa de victoria que se le congeló en la cara al vernos entrar.

—Siento la interrupción, padre —dijo Jorge, y su voz retumbó en la sala—. Pero es que me he enterado de que estáis celebrando mi funeral sin el muerto presente. Y resulta que el muerto… ahora es el dueño de la funeraria.

Capítulo 25: El peso de la corona

El silencio en la sala de juntas era tan espeso que se podía cortar con un cuchillo. Don Ricardo, que hasta hace un segundo lucía la calma de un emperador, se puso lívido. Sus ojos, dos rendijas de acero, se clavaron en Jorge con una furia contenida.

Sin decir una palabra, mi suegro se levantó de su asiento, rodeó la inmensa mesa de cristal con pasos rápidos y, antes de que Jorge pudiera añadir nada más, le agarró del brazo con una fuerza que hizo que la tela del traje crujiera.

—Fuera. Ahora mismo —siseó entre dientes, tirando de él con violencia hacia la puerta lateral que conectaba directamente con su despacho presidencial.

Jorge no opuso resistencia física, pero su mirada no se apartó de la de su padre ni un milímetro. Me lanzó una mirada rápida, indicándome que me quedara allí, y se dejó arrastrar fuera del campo de visión de los accionistas, que ya empezaban a cuchichear como un nido de avispas. Fiona, sentada a la derecha del asiento vacío de Ricardo, mantenía una sonrisa gélida, aunque sus nudillos blancos al apretar su tablet delataban que algo no iba según el plan.

En cuanto la puerta del despacho se cerró tras ellos, el estruendo del portazo resonó en todo el pasillo.

—¿Pero tú qué te crees? —rugió don Ricardo, soltando el brazo de su hijo con desprecio—. ¿Has perdido la cabeza por completo? ¿Vienes aquí, con esa mujer, a montar un numerito en la junta más importante del año? ¡No tienes ningún derecho a poner un pie en este edificio!

Jorge se ajustó la manga del traje con una parsimonia que solo aumentó la tensión en la habitación. Se paseó por el despacho,

observando los muebles de lujo como si estuviera tasando una propiedad que ya no le perteneciera al viejo.

—¿Derecho? —preguntó Jorge con una calma gélida—. Soy tu hijo, padre.

—¡Eres un delincuente! —le espetó don Ricardo, señalándole con el dedo, temblando de rabia—. Estás bajo investigación judicial, tus cuentas están embargadas y tu reputación está en el fango por tus propios chanchullos. ¡Eres un paria! ¿Cómo te atreves a entrar ahí fuera y avergonzarme delante de mis socios? ¡Seguridad te va a sacar a patadas en dos minutos y esta vez me encargaré de que duermas en un calabozo!

Jorge se detuvo frente al escritorio de caoba y sacó el acta notarial del bolsillo interior de su chaqueta, dejándola caer sobre la mesa con un golpe seco.

—Llama a los guardias si quieres, pero diles que traigan café, porque vamos para largo —dijo Jorge, señalando el documento—. Ese papel es el acta notarial que convalida el testamento original de mi madre. El de verdad, padre. No el borrador manipulado que me entregaste cuando Garrido se jubiló para hacerme creer que tú tenías la última palabra sobre mis votos.

Don Ricardo bajó la vista hacia el documento. Sus dedos, que siempre se movían con la seguridad del que manda, temblaron ligeramente al rozar el sello notarial.

—¿De qué hablas? Eso es imposible… —balbuceó, aunque el color empezaba a abandonar su rostro.

—Hablo de la cláusula octava, esa que "extraviaste" convenientemente. Esa que me otorga el control político de mis acciones de forma privativa e inmediata. —Jorge se inclinó sobre el escritorio, invadiendo el espacio vital de su padre—. He pasado por el notario esta mañana. Mis acciones ya no están bajo tu tutela. Y

como poseedor del cincuenta y uno por ciento del capital social, voy a volver ahora mismo a esa sala.

—No puedes hacerme esto… —siseó don Ricardo, intentando recuperar la compostura—. Soy el presidente elegido por el consejo. No se puede echar a alguien así porque sí.

—Eras el presidente —le corrigió Jorge con una voz gélida—. Voy a impugnar el orden del día. Voy a proponer tu cese inmediato por falta de idoneidad y graves irregularidades en la gestión. Y como tengo la mayoría absoluta de votos, voy a votar a favor de mi propio nombramiento. Pero eso no es lo mejor, padre.

Don Ricardo levantó la vista, con el miedo asomando por fin tras la máscara de arrogancia.

—Lo mejor es que no voy solo con el testamento —continuó Jorge —. Sarah acaba de salir del juzgado. El juez ya tiene en su poder todas las pruebas técnicas que demuestran que fue Fiona, utilizando mis claves personales, quien desvió los fondos para incriminarme. El levantamiento del embargo es cuestión de días, pero la prueba de vuestra traición la tengo aquí mismo.

Jorge recogió el acta y se dirigió a la puerta, deteniéndose antes de salir para mirar a su padre por encima del hombro.

—Tienes dos opciones: o entras conmigo ahora mismo y presentas tu dimisión alegando motivos de salud, salvando los pocos restos de dignidad que te quedan, o entramos y te destruyo delante de todos los hombres a los que llevas años mirando por encima del hombro. Tú eliges cómo quieres que te recuerden los accionistas: como un enfermo o como un estafador.

Don Ricardo se hundió en su sillón de piel, con la mirada perdida en el acta notarial, mientras el silencio del despacho se volvía ensordecedor.

Capítulo 26: El hundimiento

La puerta del despacho presidencial se abrió y Jorge salió primero, ajustándose los puños de la camisa con una calma que daba escalofríos. Detrás de él, arrastrando los pies como un reo hacia el patíbulo, apareció don Ricardo. El hombre que había gobernado ese imperio con mano de hierro parecía haber envejecido diez años en quince minutos. Tenía la mirada perdida y el acta notarial temblando en su mano derecha.

Caminaron en silencio por el pasillo hasta las puertas dobles de la sala de juntas. Jorge me miró, me guiñó un ojo y, con un gesto firme, empujó las puertas.

El murmullo cesó al instante. Treinta pares de ojos se clavaron en la figura de Jorge, que avanzaba hacia la cabecera de la mesa con la seguridad de un depredador. Yo me mantuve en un segundo plano, cerca de la pared, para no perderme ni un detalle de la función. Fiona, sentada a la derecha del asiento del presidente, mantenía una sonrisa gélida, aunque sus nudillos blancos al apretar su tablet delataban que algo no iba según el plan.

—Señores accionistas —dijo Jorge, y su voz retumbó en la sala con una autoridad que hizo que varios consejeros se removieran en sus asientos—. Siento la interrupción, pero hay un cambio de última hora en el orden del día. Mi padre, don Ricardo, tiene algo que comunicarles.

Jorge se hizo a un lado y miró a su padre. Don Ricardo tragó saliva, miró el acta notarial y luego a Fiona, que le lanzó una mirada de pura desesperación.

—Yo… —balbuceó don Ricardo, con una voz que apenas era un susurro—. Por motivos de salud… graves, presento mi dimisión

irrevocable como presidente del consejo de administración y director ejecutivo de esta compañía.

Un jadeo colectivo recorrió la sala. Fiona se puso en pie de un salto, con la cara lívida.

—¡Ricardo, no puedes hacer esto! —gritó, olvidando todo protocolo—. ¡Es una trampa de tu hijo! ¡Está desesperado y te está chantajeando!

—Silencio, Fiona —le cortó Jorge con frialdad—. Tu turno de palabra ya ha pasado.

Jorge se giró hacia la sala, sacando una copia del acta notarial y otra carpeta con documentos.

—La dimisión de mi padre es solo el primer paso. Como poseedor del cincuenta y uno por ciento del capital social, convalidado por este acta notarial del testamento original de mi madre, impugno la mesa y solicito la votación inmediata para el nombramiento de un nuevo presidente. Me propongo para el cargo.

—¡Esto es absurdo! —chilló Fiona, mirando a los accionistas—. ¡No pueden votar a un hombre que está siendo investigado por fraude fiscal y desvío de fondos! ¡Es un delincuente!

Jorge sonrió, y fue una sonrisa que helaba la sangre. Abrió la segunda carpeta y sacó los informes técnicos que Sarah le había conseguido.

—Tienes razón, Fiona. Hay un delincuente en esta sala. Pero no soy yo —Jorge lanzó los documentos sobre la mesa de cristal, haciéndolos deslizar hacia el centro—. Aquí tienen las pruebas forenses. El rastreo de las IPs demuestran, sin género de duda, que fue Fiona, utilizando mis claves personales, quien realizó las transferencias fraudulentas a las cuentas *offshore*. Ella es la que ha orquestado todo este montaje para hacerse con la vicepresidencia.

Fiona palideció hasta quedarse blanca como el papel. Miró a don Ricardo buscando ayuda, pero él desvió la vista, hundido en su propia derrota. Los accionistas empezaron a cuchichear con fuerza, mirando las pruebas con asombro.

—¡Es mentira! —gritó Fiona, aunque su voz temblaba—. ¡Son documentos falsificados!

En ese momento, las puertas dobles de la sala de juntas se abrieron de par en par con un estruendo. No fue un guardia de seguridad asustado, ni un secretario curioso. Dos agentes de la Policía Nacional, uniformados y con cara de pocos amigos, entraron en la sala, seguidos por un hombre de paisano que se identificó como inspector.

—Fiona Garrido —dijo el inspector, avanzando hacia ella con paso firme—. Queda usted detenida por presuntos delitos de fraude fiscal, blanqueo de capitales y falsedad documental. Tiene derecho a permanecer en silencio…

El silencio en la sala fue absoluto, roto solo por el sonido de las esposas al cerrarse alrededor de las muñecas de Fiona. Ella no gritó, no lloró. Se limitó a mirar a Jorge con un odio puro y visceral mientras los agentes la escoltaban fuera de la sala. Al pasar a mi lado, sus ojos se clavaron en los míos por un segundo, y vi la derrota absoluta en ellos.

Don Ricardo observaba la escena con los ojos vidriosos, viendo cómo su imperio y su amante se desmoronaban al mismo tiempo.

Jorge esperó a que se cerraran las puertas y luego se giró hacia los accionistas, que seguían en estado de shock.

—Señores —dijo, y su voz volvía a ser la del CEO que controlaba cada detalle—. Creo que la idoneidad de la anterior administración ha quedado más que cuestionada. Procedamos a la votación.

Veinte minutos después, Jorge de la Cruz era nombrado nuevo presidente y director ejecutivo de la compañía por mayoría absoluta. El imperio volvía a sus manos, limpio y libre de las sombras de su padre y de Fiona.

Salimos de la sede central de la empresa cogidos de la mano. El sol de Madrid brillaba con intensidad, como si el cielo también quisiera celebrar la victoria.

—Lo hemos conseguido, nena —dijo Jorge, parándose en la acera y mirándome con una sonrisa que le iluminaba la cara—. Hemos recuperado lo que es nuestro.

—Lo has conseguido tú, Jorge —le corregí, apretándole la mano—. Tú eres el que ha peleado cada día por la justicia.

Jorge me besó, un beso largo y apasionado en mitad de la Castellana, ajenos a los cláxones y a las miradas de los transeúntes. Era el beso de la victoria, pero también el beso del amor real, ese que habíamos forjado en el suelo de mi cocina y en las noches de miedo y esperanza.

—No, Lucía —dijo, al separarnos—. Lo hemos conseguido los dos. Porque sin ti, yo nunca habría tenido la fuerza para enfrentarme a todo esto. Eres mi socia, mi amor y mi vida. Y ahora, prepárate, porque lo mejor está por llegar.

Epílogo: La vida después de la tormenta

Seis meses después.

El ático de la calle Serrano no había cambiado mucho, pero el aire que se respiraba en él era distinto. Ya no olía a ambición fría y a secretos guardados bajo llave, sino a café recién hecho y a las flores frescas que yo me encargaba de renovar cada lunes.

Me miré al espejo del vestidor, ajustándome un traje de chaqueta de seda azul marino que me sentaba como un guante. Ya no necesitaba demostrarle nada a nadie en las juntas de accionistas, pero me gustaba seguir manteniendo el estilo. Al fin y al cabo, una **luchadora** no olvida sus buenas costumbres por mucho que haya aprendido a comer mortadela en un suelo de baldosas.

—¿Estás lista, **princesa**? —la voz de Jorge llegó desde el salón, profunda y llena de esa calma que solo da tener la conciencia tranquila.

Salí y lo vi junto al ventanal, observando el *skyline* de Madrid. Llevaba una camisa blanca impecable, con las mangas ligeramente remangadas y sin corbata. Había recuperado su imperio, sí, pero había mandado a paseo esa rigidez de CEO que le hacía parecer un bloque de hielo. Ahora, Jorge de la Cruz sonreía más de lo que ordenaba.

—Lista —le dije, acercándome para darle un beso rápido—. ¿Has hablado con Tom?

—Hace un rato. Dice que Sarah está encantada con el nuevo puesto de asesora externa de la compañía. Y que Fiona… bueno, Fiona está descubriendo que en la cárcel de Brieva la ropa de marca no sirve de mucho para impresionar a nadie. El juicio por el desvío

de fondos la va a dejar una buena temporada a la sombra, y dudo que vuelva a ver un bolso de piel de cocodrilo en años.

Jorge me rodeó la cintura con los brazos, atrayéndome hacia él. Don Ricardo se había retirado a una finca en el sur, lejos de los focos y de la vergüenza pública. Ya no hablaban, pero Jorge le enviaba un informe de resultados cada mes, solo para recordarle que la empresa funcionaba mucho mejor bajo una dirección que no necesitaba mentir para liderar a su propio hijo.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de todo esto? —susurró Jorge contra mi pelo.

—¿El aumento de los beneficios trimestrales? —bromee.

—No. Que esta noche no tenemos ninguna cena de gala, ni ningún compromiso con accionistas aburridos. Esta noche cenamos en casa.

Me separé un poco, mirándole con sospecha.

—Espera… ¿vas a cocinar tú? Porque todavía tengo pesadillas con el "arroz en fase crítica" y las manchas de yema en la pared de mi antiguo piso.

Jorge soltó una carcajada limpia, de esas que nacen del pecho.

—He tomado clases, Lucía. Y el chef del Ritz me ha dado un par de trucos. Aunque he de admitir que he comprado un extintor nuevo para la cocina, por si las moscas.

Nos reímos los dos, recordando aquellos días de embargo donde lo único que teníamos era el uno al otro y un bocadillo compartido en el suelo. Aquella cocina pequeña en mi barrio nos había enseñado más sobre la vida y el amor que todos los manuales de estrategia empresarial del mundo.

—Por cierto —dijo Jorge, sacando una pequeña caja de terciopelo del bolsillo de su pantalón—. He pensado que, ya que ahora somos los dueños de nuestro propio destino, va siendo hora de que firmemos el contrato más importante de nuestras vidas.

Se arrodilló con esa elegancia natural que le caracterizaba. Dentro de la caja, un diamante solitario brillaba con una luz que eclipsaba cualquier joya de la corona.

—Lucía, eres la mujer que me enseñó a ser un hombre de verdad cuando no tenía nada. Eres mi socia, mi cable a tierra y la única persona con la que quiero quemar todos los arroces del mundo. ¿Quieres casarte conmigo?

Me quedé sin respiración un segundo, sintiendo ese nudo en la garganta que no tiene nada que ver con el miedo y todo con la felicidad pura.

—Solo si me prometes que el catering de la boda no lo cocinas tú —respondí con una sonrisa que me partía la cara, antes de lanzarme a sus brazos—. Sí, Jorge. Mil veces sí.

Madrid seguía rugiendo ahí fuera, ajeno a nuestra pequeña burbuja. Pero dentro de aquel ático, entre risas y planes de futuro, sabíamos que habíamos ganado la batalla más difícil. Habíamos recuperado el estatus, sí, pero sobre todo, habíamos encontrado algo que no se puede comprar ni heredar: una verdad compartida.

Jorge me besó, sellando una promesa que ya no necesitaba actas notariales ni sellos oficiales. Éramos nosotros, Lucía y Jorge. Y lo mejor, tal como él decía, estaba empezando a suceder.

FIN

Nota de la Autora

Escribir esta novela ha sido, por encima de todo, un acto de rebeldía.

A menudo nos venden que la felicidad llega en un coche de lujo, con un anillo de diamantes o rescatadas por un príncipe azul que resulta ser el CEO de una multinacional. Pero yo quería contar otra historia. Quería hablaros de Lucía, una mujer que, como tantas otras, tiene sueños grandes y una cuenta corriente pequeña, pero que no está dispuesta a que nadie le pase por encima.

Para mí, Lucía no es una "guerrera". Esa palabra implica conflicto, batalla y destrucción. Lucía es una luchadora. Porque luchar es lo que hacemos las mujeres cada mañana: luchamos por nuestro lugar en el mundo, por nuestra dignidad y por un amor que no nos pida renunciar a lo que somos.

En estas páginas hay risas, hay momentos "top hot" que queman la piel, hay traiciones de despacho y hay mucho polvo de los ranchos de Texas. Pero, sobre todo, hay una verdad: que no hace falta tener un duro en el bolsillo para ser la dueña de tu propio destino.

Espero que os hayáis reído con las ocurrencias de Alfredo, que hayáis suspirado con Jorge (aunque a veces dieran ganas de darle un bofetón) y que hayáis sentido la fuerza de Tom. Pero, sobre todo, espero que al cerrar este libro os sintáis un poco más dueñas de vuestro propio "planning" de vida.

Gracias por acompañarme en este viaje desde el pasillo del súper hasta lo más alto de Madrid. Y recordad: podéis perder el Jaguar, el ático y hasta el empleo… pero que nunca, jamás, os quiten la sonrisa ni el orgullo de ser unas auténticas luchadoras.

Con todo mi cariño,

Cristina Tobes

Agradecimientos

A mis padres, por enseñarme que en esta vida no se nace con un manual bajo el brazo, pero sí con la capacidad de pelear por lo que una quiere. Gracias por ser mis primeros referentes de lo que significa ser una luchadora. Sin vuestro empuje, Lucía nunca habría salido del barrio.

A mis amigos, los de siempre, los que no necesitan un Jaguar para venir a ver cómo estoy y los que se ríen conmigo de mis "plannings" imposibles. Gracias por aguantar mis audios eternos sobre Jorge, Tom y los pasillos del súper. Sin vuestras risas y vuestra paciencia, este libro no tendría alma.

A todas las mujeres que, como Lucía, se han sentido alguna vez fuera de lugar en un mundo de apariencias y trajes de marca. Este libro es vuestro. Gracias por recordarme cada día que el éxito no es llegar a la cima en un coche de lujo, sino disfrutar del paisaje mientras subes las escaleras por tu propio pie.

Y, por supuesto, a ti, lectora. Gracias por darle una oportunidad a esta historia, por reírte con mis ocurrencias y por permitir que Lucía y Jorge entren en tu casa. Sin tu mirada y tu tiempo, estas páginas solo serían papel manchado de tinta.

Gracias por creer que se puede ganar la guerra sin perder la sonrisa.

Sobre la autora

Cristina Tobes no cree en los cuentos de hadas, pero sí en el poder de una mujer que sabe pisar fuerte. Con una voz fresca, directa y cargada de ironía, Cristina escribe para quienes disfrutan de la vida real, esa que se cocina entre el asfalto de la gran ciudad y las verdades que solo se dicen frente a una taza de café (o una copa de vino).

Sus historias son un reflejo de su propia filosofía: personajes con aristas, diálogos con "metralla" y tramas donde el amor no es un camino de rosas, sino una carrera de obstáculos que merece la pena correr. En sus novelas, como en la exitosa **"Ni un duro, ni un pelo de tonta"**, Cristina disecciona las traiciones, la ambición y la pasión con una honestidad brutal, demostrando que se puede perder el estatus, pero nunca el orgullo ni el estilo.

Lectora voraz y observadora incansable de los detalles que otros pasan por alto, Cristina ha logrado crear un universo propio donde la elegancia y la supervivencia van de la mano. Si buscas historias con alma, personajes que se quedan contigo mucho después de cerrar el libro y ese toque de humor necesario para sobrevivir al día a día, estás en el lugar adecuado.

Cuando no está escribiendo o "metiendo caña" a sus manuscritos para que rocen la perfección, puedes encontrarla buscando inspiración en las calles de Madrid o disfrutando de esos pequeños placeres que, al final, son los que de verdad importan.